

A. BAQUERIZO MORENO

1930-1932

*Discursos, Alocuciones, Cartas,*

*Artículos y Telegramas.*

1935

Anotado por el Jefe de Sección

A. BAQUERIZO MORENO

Para la Biblioteca  
Fray Vicente Solano.  
Guayaquil, Ecuador del 1933  
A. Baquerizo Moreno  
1930--1932

*Discursos, Alocuciones, Cartas,  
Artículos y Telegramas.*



—  
1935

## 4 de Junio de 1930

No siempre hay sombra de muerte, y sólo sombra, en el oscuro seno de la muerte.

Hay tumbas que resplandecen, que iluminan, que son luz, llama de amor viva que abrasa y consume corazones; y muertos que nos llevan a consentir en la maravillosa transformación del héroe o el genio, en almas de una vida ultramundana, mientras la carne queda entre nosotros y sirve luego para uno como estéril gozo de la nada.

1830. La obra del hombre; el crimen del hombre.

1930. La obra y la providencia de una Justicia noble y grandemente reparadora.

¡Suere!... ¡Quien no le ama! ¿Y si no le ama, quien no le admira acaso?

1830. Odios y envidias. Luto y sangre y lágrimas y triste y doloroso acabamiento de una Nación gloriosa, inmortalmente gloriosa.

1930. Luz, luz que irradia de una cumbre: Suere; y que hace hermanos a los hombres y los pueblos en la veneración del Héroe; en lo que de él queda, cenizas y memoria y culto a sus virtudes.

Venezuela y Colombia, Perú, Bolivia y Panamá, Chile y Argentina, vienen a nosotros, vienen con el pen-

samiento único y común del homenaje al Gran Mariscal; al que cayó, no cargado de años como en grandeza bíblica; pero sí de obras que son hazañas, hazañas de Libertad, que es una mayor grandeza; pues decir Libertad, es decir lo supremo, lo infinito, Dios.

Y el pensamiento único y común de ese homenaje nos hace hermanos, no sólo hermanos, nos hace conciudadanos en el amor y en la serena majestad del Héroe.

Paz y Concordia. Eso es él; eso pregona; esa su cúspide, su elevación en lo sublime.

Sombra de Sucre. Desciende, baja; y al pie del monte orgullo de tu nombre, afirma, afirma con benigna mano, y en la realidad de los hechos, el Ideal de Bolívar y su cantor Olmedo:

Unión oh pueblos  
Para ser libres y jamás vencidos.

Y hele allí poderoso como jamás lo fue... Más poderoso que cuando vivo aún, muévase el Mártir en esa su marcha solemne, solemne y triunfal.

¡Balazo! clamó entonces. Hoy, nada. Calla. El silencio de cien años. Pero el balazo aquel es pregón que pide y pedirá lágrimas a los ojos, duelo a los corazones y palmas y laureles a las manos, para cubrir con ellos el recuerdo de su fama inmarcesible.

Cañones y campanas, tambores y músicas de ritmo funeral, en queja prolongada, anuncian y saludan el paso del Héroe. En la larga procesión, arrastra por dolientes ciudades y pueblos y naciones que hacen de sus banderas y colores palio de gloria al que murió inmortal.

Alzase, pues, y brilla cual sol de Libertad siempre en su Oriente; sol que no se pone, sol sin Ocaso en la sierra o la pampa; en la sierra o la pampa de tu fértil y ancho seno ¡oh madre nuestra! ¡oh madre, madre América!

Y vosotros los que volvéis a vuestras dulces patrias, por abrazo y despedida decid, decidnos: Compatriotas, adiós; que en nuestra despedida os diremos también;

Compatriotas de Venezuela y Colombia, del Perú, Bolivia y Panamá, Compatriotas de Chile y Argentina, adiós, adiós.

Creendo estamos que lleváis un mensaje, más que en los labios, en vuestros nobles e hidalgos corazones retemplados hoy al fulgor de este inolvidable Centenario, mensaje cuya divisa es y será: Ya somos Uno, Uno de muchos...

Compatriotas, adiós. Mejor, hasta mañana. No hay día sin su mañana.

## *A las Escuelas*

**Alocución pronunciada el 24 de Julio en la plaza del Centenario como Presidente de la Sociedad Bolivariana de Guayaquil**

Niñas y niños que tan calladamente me rodeáis ¿qué puedo yo deciros? ¿Qué deciros, cuando os ponéis atentos y curiosos por seguir mi palabra en este día de Julio en que nos nació un Libertador; mejor, El Libertador? ¿En este día de júbilo en que hay gozo en las alturas, y llega hasta vosotros ese cantar divino que clama dulcemente: paz, paz en la tierra a los hombres de buena voluntad?

¿Qué canción de alborada decir a vuestra edad risueña, de esplendores de aurora, en la tarde de mi vida que se apaga?...

Os estoy oyendo: la de Bolívar, la de ese Sol de gloria que de las aguas del bautismo salió con los nombres de Simón, José Antonio de la Santísima Trinidad.

Esa, niñas y niños, es canción muy larga de contar y de admirar. La iréis leyendo. Más que canción es todo un drama; y más que drama una epopeya. Y no basta leerla; hay que aprenderla, y no de memoria solamente, aprenderla primero en la escuela y el hogar; y luego allá, en el seno y el tumulto de la vida, aprenderla y grabarla en lo profundo e íntimo del sér.

Epopeya de vastísimo escenario en que cabe todo un mundo con pueblos y naciones por actores; poema de en-

sueño y realidad fugaz, con su final de soledad y muerte, y el romper de las olas en el cantil o la arena de la playa, como sinfonía y réquiem de paz al hombre que muriendo no moría. Drama que en lo heroico ya lo cantó con verso inimitable ese antiguo y gran señor de Guayaquil, del Guayaquil de Octubre: Olmedo.

Voz del Guayas que crece

Y a las más resonantes enmudece.

¡Bolívar!... "Arbitro de la paz y de la guerra" lo llamó en estrofa de trueno que en fragor revienta. Y lo fue en verdad.

Fue un soldado, un magnífico soldado, pero en el soldado había un ciudadano, un gran ciudadano, niñas y niños, que me escucháis ahora. Soy, dijo, un simple ciudadano que prefiero la libertad, la gloria y la dicha de mis compatriotas, a mi propio engrandecimiento. Huíd del país, prosiguió, huíd del país donde uno solo ejerce todos los poderes... Repetidlo, repetidlo, niños, pues la igualdad y la fraternidad humanas deben empezar en vosotros, en la sinceridad alegre de la infancia.

Mas el soldado, el magnífico y magnánimo soldado de Boyacá, de Carabobo, de Junín y victorias incontables, pasó; pasó a poco. Pasó el de la espada sana y saludable; el de la espada encendida que se revolvía a todos lados, según expresión bíblica, para las cruentas y largas luchas de la libertad. Esa su espada sin mancha pasó con él. Pasó el Arbitro de la guerra; pero el ciudadano y su ejemplo; el legislador, el vidente,

Angel de la esperanza

Y Genio de la paz,

el que murió tranquilo con el sublime anhelo de la unión, ese, ese perdura y perdurará eternamente, gloriosamente.

No solo perdura, niños. Su nombre y su visión y su enseñanza van de memoria en memoria, de generación en generación. Hoy los recogéis vosotros, y los transmitiréis mañana. Y esa herencia convertida en fuente de luz, ya no es fuente de luz, ni Sol de Colombia únicamente; ni tampoco Sol del Perú que amanece entre los negros

brazos de Hipólita la negra; es Sol de América, y benigno y fecundo, y siempre Libertador, purificará luego en la redondez del orbe espíritus y corazones que concluirán por amar ese ideal de paz y democracia cuya simiente esparció no solo con su espada redentora, mas con el pensamiento y la palabra nunca igualados por varón humano; pensamiento y palabra que lo elevan sobre todo lo que es o se vuelve mentira, desquiciamiento y falsedad del día.

Y el árbitro de la paz y de la guerra tuvo, oh niños, como el dulce maestro de Belén y Galilea su cruz y su calvario. Le salieron al paso, la descaltad ruin, el horror abominable de traiciones oscuras, el puñal de Septiembre, la negación más larga que la de Pedro a Cristo, el destierro, y por fin la muerte. Pero no murió repito, ni hay en él resurrección alguna, pues fue su muerte continuación de vida, transformación de vida, vida glorificada que miramos y admiramos hoy, que mirarán y admirarán mañana los siglos en su rápida carrera.

Niñas y niños que me estáis oyendo; sentidlo siempre a vuestro lado, sentid a Bolívar, al Libertador, sentid que vive en vuestros corazones, como en célebre frase llegó a decirlo para un niño inmortal: el Héroe Niño de Pichincha.

Su sombra, aunque invisible e impalpable, os seguirá por los caminos de la vida, porque él es para la República y la democracia, para la unión y la paz y la concordia de los pueblos, el camino y la vida y la verdad. Estad con él en todo momento; estad junto a él, y él estará con vosotros.

Inspiración y guía, oíd sus palabras, y ellas os mantendrán dentro de una amable y constante libertad. Hubo tiempo en que esas palabras no eran siempre oídas, siempre atendidas, antes bien con frecuencia desdeñadas y burladas. Ahora, sencillas o elocuentes, tranquilas o fervorosas, las repetimos, las citamos con fe y con amor; las elogiamos diariamente, y hacemos de ellas base de prudencia y de saber, de paz social, de paz y de creación para el acercamiento, el trato y la confianza de los pueblos.

Niñas y niños que calladamente me escucháis, os saludo con emoción intensa. Representáis y sois el porvenir, el mañana de la Patria; y el mañana se vuelve prontamente un hoy y un ayer. Vais llezando el vacío que dejan aquellos que poco a poco salen de vuestros coros de gracia y de alegría y sencillez, por acudir a las filas del cuidado y del afán de cada día. Sois como quien dice los recién llegados al gozo de la vida en la ardiente plenitud de la vida ecuatoriana. Os doy la bienvenida a nuestra fértil tierra tropical. Gozad niños con el verdor eterno de sus campos y el maravilloso azul de su alto cielo. Recoged la herencia de vuestros padres, y haced por entregarla mejorada a quienes os sucedan en vuestro empeño de cultura y de devoción a la República. Mostraos paladines de la libertad y esclavos del deber y su conciencia.

Y en esta bella mañana de Julio, en este amplio y patriótico escenario guayaquileño del cual sois gala y adorno, consagraad conmigo vuestro culto a Bolívar, al Libertador, al héroe y al mártir de esa misma libertad que aseguró para todos nosotros con grandeza de abnegado desinterés; consagraadlo repitiendo por adiós o despedida en un decir de amor espiritual, esa oración de otros días, esa plegaria que elevé cuando alguien caía en la innoble tentación de oscurecer al Sol magnánimo de la América emancipada.

Dice así:

### ORACION BOLIVARIANA

Padre nuestro que estás en la gloria,  
 bendecido sea tu nombre, así en la tierra  
 nuestra, como en la que fue Colombia.  
 El pan nuestro de cada día, el pan  
 de nuestro amor te lo ofrendamos hoy.  
 Perdónanos cualquiera deuda de involuntario  
 agravio, así como nosotros  
 perdonamos a tus calumniadores; y no nos  
 dejes caer en la tentación de  
 mancillar tu nombre; más líbranos de este mal  
 y de todo mal, amén.

## Discurso

---

pronunciado en la sesión solemne y plenaria celebrada  
con motivo del Centenario de la Primera Asamblea  
Constituyente Ecuatoriana,  
como Presidente del Honorable Congreso Nacional.

---

Creo, señores, que en momento tan solemne y en recinto tan augusto, congregados por el recuerdo y para la conmemoración de esta fecha centenaria, no hay, no puede haber en concurso tan distinguido y numeroso, quien no sienta el acelerado latir del propio corazón; uno como tropel de pensamientos que en su ir y venir y en su confusa abundancia, no alina con la expresión precisa y adecuada; y quien no sienta en verdad el encendimiento y vuelo de la imaginación que le lleva portentosamente cien años atrás, para dejarle ver en el desquiciamiento y la dolorosa pero inevitable ruina de Colombia, el nacer de una nueva patria, el de la bella y adorable patria ecuatoriana, a la vida independiente de su democracia republicana, aunque ya no íntegra, ya no cabal, antes bien desgarrada, mutilada; para dejarle ver ese como desquiciamiento moral que dispara y mata en Berruecos al am-

paro de una traidora y muda soledad y también aquella otra figura heroica y sin rival que va lenta y pensativa, no camino de Damasco, para la fe, y menos por el de Emmaús, para la glorificación, sino caminos de ese lejano San Pedro Alejandrino, donde hallará siquiera la compasión arrulladora de las olas, y lecho y cabecera en que tenderse y descansar y dormir el sueño eterno de su gloriosa inmortalidad, no interrumpido al fin por el clamor horrible, por el clamor de infierno, más duro y espantable que la misma muerte, el clamor de la siempre renovada y fresca ingratitud humana.

Bien está que nacióramos, que cobráramos vida y libertad, movimiento y responsabilidad nuestra y sólo nuestra, cuando todo poder se hundía, y toda grandeza lloraba con el sabio vanidad de vanidades; y, cuando no eran vanidad, odios y envidias que extendían y llevaban su larga y mortífera sombra, aún más allá de lo que fué Colombia, a doquiera que la gloria hubo abierto sus puertas al generoso numen de Bolívar.

Nada, nada hay de indebido o de prematuro para la libertad, ni en el hombre, ni en los pueblos. Libertad es su Ley, ley de la naturaleza; lo contrario es violencia y es fuerza y opresión.

Somos los bien nacidos. Gloriémonos de ello. Podemos negarlo todo; abdicar de todo ¿pero la patria? ¡Oh patria, patria! ¿Cómo no decirte madre mía, llena eres de gracia; eres santa, tres veces santa y pura y no hay mancha ni culpa que te afee? Bendícenos, madre, en este tu día; madre admirable de admirables hijos; madre fecunda de innumerables hijos que pueden ser orgullo y honra de toda tierra, de todo pueblo y todo siglo.

Somos los bien nacidos y recordamos y repetimos hoy la última estrofa de aquel himno al son de cuyas primeras notas jubilosas despertaron las colonias de su sueño tantas veces secular. Al oírlas, las crestas de los Andes se inclinaron, esparciólas el viento en ráfagas sonoras, recogieron las selvas el hálito de triunfo, bajó con las torrentes, se extendió con los ríos, y se dilató en los mares; y conmovido el Continente se alzó por escu-

charlas y responder luego con el acorde que dice y canta: Quito, luz de América. Y la luz fué hecha, y la emancipación fué esa luz que irradió en tu frente, ciudad de mis recuerdos y ensueños juveniles, ciudad amable en el dolor del mando.

Y por llanos y pampas hubo el golpear de cascos, el galopar de los ágiles corceles, el resplandor sanguíneo de sables y de lanzas, y el escalar de montes y el saltar de abismos y el dar la sangre por riego generoso de la semilla de la libertad prendida y arraigada ya fuertemente, allí donde el conquistador dejó su habla, su fe, y puso como señor lo recio y áspero de su altiva pasión dominadora.

Estrofas incomparables de ese himno de redención que entonamos y celebramos diariamente fueron Boyacá y Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho, y fulguración deslumbradora de la epopeya, corona de élla, vino a ser ese milagro de una luz en otra luz, ese amanecer de un día en otro día, aquel abrazo de paz y despedida al que dedica un templo y la blancura de sus mármoles airosos, Guayaquil siempre atenta al culto y al ejemplo de lo noble y de lo heroico.

Y fue en Riobamba, ciudad hidalga, la de los húsares de Tapi que abrieron el camino hacia Pichincha, donde en la sala capitular de un convento, en un día como éste, se reunieron diez y seis diputados de los veinte de nuestro primer Congreso Constitucional, en nombre y representación de los departamentos del Ecuador, Azuay y Guayas.

No estamos, no, en el recinto aquel de la primera escena de nuestra vida republicana, firme sin duda, pero siempre atormentada; no estamos, no, en aquel hogar donde primero ardió el vivo fuego del amor de patria con sus atributos esenciales de independencia y soberanía. Un siglo de casi olvido nos separa de esa escena y de los hombres, la acción y la palabra que crearon la obra permanente que celebramos hoy y celebrarán, lo espero, otras generaciones que en un segundo centenario recojan nuestros nombres de un mayor olvido acaso. Pues ¿dónde, dónde hoy el varón justo y sabio que pre-

¿Dónde el épico americano, el triunviro de octubre, padre, guía y legislador de un pueblo libre e independiente ya? ¿Dónde Roca el triunviro de una segunda independencia de carácter nacional y luego Jefe del Estado? ¿Dónde los Artetas, Vicepresidente del Congreso el uno, y Secretario el otro, con cien pesos de sueldo, el que había de ocupar la Vicepresidencia de la República? ¿Dónde los Marcos, Borreros, Matheus, Landas y todo aquel grupo de próceres que salidos de la colonia, atravesaron los días agrios de la lucha, los del caldo, los de la guerra a muerte, los de las dianas de Pichincha, y los del fracaso y ruina de Colombia, de vida imposible en la revuelta confusión de aquellos tiempos?

Alto y merecido prestigio el de esos diputados de 1830, y digno el encargo que cumplieron ellos con singular lealtad y patriotismo.

La escena me la represento sencilla y tranquila, casi en plena naturaleza. Despejado el horizonte, el amplio y bello horizonte riobambeño; y por todo él, centinelas de cabeza encanecida por el vivir y el vigilar de siglos, las portentosas moles de los Andes con la hermosura eterna de sus nieves. Añadid, añadid por testigos, el concurso de hombres que padecieron o se afanaron por la libertad; y la vista de aquellos uniformes, ni galanos, ni ostentosos, pero resplandecientes con mil brillos de victorias, consagrados por el beso de la gloria, y muchos, muchos sin duda, con las recientes huellas del Portete.

Cuan otra, cuan otra, señores la pompa centenaria. Esta sala donde han vibrado tanto clamor y tanta aclamación efímera; el número de los representantes, el auditorio animado y gozoso al calor de los recuerdos; el realce de embajadas y misiones; la gracia y el decoro que sobre todo ello ponen con matiz de flores primorosas las damas que con ojos de lealtad y corazón de patriotas despiertan la memoria de aquellas mártires y libertadoras de cien años atrás; los vistosos uniformes de una milicia con victorias de trabajo y de cultura; con victorias de paz en las no menos duras batallas de la paz; todo, todo dice y proclama, que no en vano pasan los años y transcurren los siglos presurosos.

Y en ese correr del tiempo, cuanto y cuanto, señores, para el aplauso y la admiración; cuanto y cuanto para lágrimas de tristeza y desengaño. No faltarán errores, ni crímenes, ni alguna fatal vergüenza; pero ni errores ni crímenes ni vergüenza son cosa nuestra, únicamente nuestra; están oscureciendo, están manchando el mundo entero. Si ha corrido la sangre, dolorosamente, pensemos que la había en nuestras venas áspera y negra y arrogante pidiendo, luego de la conquista, con la purificación, la expiación de viejas, comunes y hereditarias culpas, para llegar así, o acercarnos en el tiempo, a una más grata libertad, a la libertad en que prevalezca un más amplio espíritu de unión y de armonía.

Condiciones que no son del caso enumerar, aunque sí la de nuestra situación geográfica, retrasaron antes lo que entendemos hoy, principalmente, por progreso, lo que hay de material en él; mas en lo espiritual ¡oh en lo espiritual! los cien años pasados son como un alto y brillante firmamento en el que resplandecen astros bajo cuyo esplendor maravilloso, no sólo nosotros, sino también otras gentes, otros pueblos ven iluminados los oscuros o dudosos caminos de la vida. Ni el mármol, ni el bronce perpetuarán más largamente su valer y su fama. Son nombres que jamás perecerán; son nombres que no nombro, porque los nombra ya vuestro recuerdo, vuestro amor y vuestra veneración.

Yo quisiera, señores, que nada, nada del pasado, nos desanime o acobarde; que la esperanza nos una, que la confianza nos sostenga, que el carácter nos fortalezca; y así, el deber que nos toca cumplir de hoy en adelante, lo iremos cumpliendo de manera que el mañana nos halle, si no coronados de laureles como nuestros antecesores, afianzando su obra, cimentando las instituciones de liberación republicana, fijando las bases incommovibles de un futuro de prosperidad y de grandeza que merezca el aplauso y el agradecimiento de esa otra y aun no nacida generación que conmemorará el brillo centenario de un siglo más, el del año 2.030. Para entonces el lugar puede ser distinto de éste, algún nuevo y suntuoso salón de sesiones legislativas dará cabida a una más grande y bri-

llante concurrencia que escuchará complacida a algún ilustre y más inspirado Presidente del Congreso. Su elogio realzará el brillo y la magnificencia de esa segunda fecha centenaria, más gloriosa acaso que esta primera. Para ello citará con orgullo el nombre de muchos de los que me están oyendo ahora. Elogie, elogie en ellos la virtud, el saber, la dedicación a lo bueno y útil para la patria, y el esfuerzo que hagan por mantener en todo tiempo nuestras garantías y libertades constitucionales, a salvo de hipócritas falacias, o de audaces o encubiertas tiranías.

Regocijémonos, pues, con la luz y el recuerdo de este día. Abracémosnos en la libertad, en la patria, en la nación, y en la soberanía siempre viva y redentora de su pueblo. Invoquemos la memoria del Libertador. Bendigámosla como ya lo hicieron los legisladores de hace un siglo. Repitamos con fe y con unción: señor y padre nuestro, pues fue tu don, un don de libertad y vida, éntrate, éntrate en nosotros, alumbrá nuestras tinieblas. Muévenos con tu sabiduría bienhechora y muéstranos con ella el camino que lleve a la paz y la concordia de tus hijos, extraviados unos, ciegos otros por acaso, pero todos sumisos a tu graciosa voluntad del bien. Endereza y alza nuestros corazones de modo que se vean libres de toda inclinación a torpe desatino o vanidad. Seas para siempre la fuente de agua pura, pura y fresca, que aplaque y calme la sed ardiente y devoradora de codicias mal-sanas. Haz que nuestras almas unidas para siempre en tu amor, tu enseñanza y tu recuerdo se abrasen y consumen en la belleza infinita de tu espíritu inmortal. Señor y padre, vuelve a tu pueblo, al que te brindó su hogar cuanto todo era sombra y odio para tí; vuelve y habita entre nosotros, encárnate en el bronce para mirarte diariamente, como diariamente te admiramos en la memoria de tu nombre esclarecido. Levántanos hacia tí; danos de ese mantenimiento con que supiste hacer de tu vida y de tu muerte, el hombre ejemplar cuya gloria crece a medida que crece para otros la sombra del olvido en el correr del tiempo y de los siglos. . .

Vamos, vamos hijos de la patria. Vuestra es la glo-

ria de este día. La Libertad os mira y os inspira. No hay delante enseña alguna ensangrentada; pero hay la bandera de la Patria, la que Bolívar en su visión profética de Casacoima enarboló en el alto Chimborazo. Vamos, avancemos, para fijarla allí, para que flamee en el espacio azul ilimitado y diga a la América, y proclame en América, la maravillosa transformación de un pueblo por obra de su esfuerzo, de su virtud, de su trabajo y también por la audacia infatigable de su fervor republicano; de un pueblo que para redimirse supo arrancar de su frente la corona de espinas y verse libre al fin de su cruz y su martirio.

Señores, en nombre del Congreso de la República rindo el debido tributo de homenaje a los fundadores de la Patria en el Congreso Constituyente de 1830, y saludo en Riobamba a la ilustre cuna de nuestras instituciones republicanas.

## En el Día de La Raza

Hay fechas luminosas, fechas que son algo más que cifras, fulguraciones que irradian en el cielo no siempre sosegado y puro de la historia, y que reverberan en el espejo no pocas veces empañado y turbio de la conciencia humana.

1492 es una de esas fechas luminosas. En ella la raza, con su vigor de espíritu y su intrepidez conquistadora, no se detiene, no, en Granada la bella, en la mollicie y la embriaguez de los cármenes floridos, del jazmín amarillo y el pomposo y héliico rosal; no se detiene, no, en el duro pero logrado empeño de la reconquista, sino que pasa adelante, y desdeñosa de la tierra sumisa ya a su fe, a su indomable voluntad de acción y de dominio, lanza al mar la frágil carabela que abre surco de espumas para unir con la blanca estela de su audacia, la Hesperia de sus padres con la que luego será la maravillosa Hesperia de sus hijos.

Atrás, muy atrás quedan las al parecer infranqueables columnas de Hércules; atrás, muy atrás quedan también las Canarias, y acaba con ellas toda visión de tierra. Allí, allí comienza, allí se extiende hacia Occidente, Occidente que se aleja, que se aleja más y más con cada día que muere, desconocido, poblado de temores, ese mar tenebroso cuyo misterio y cuyas tinieblas barrerá con su aliento poderoso, el soplo de la raza, soplo audaz y creador que doma las olas e impulsa, en busca de las Indias, la débil escuadrilla de Colón y Niño y los Pinzones.

Y fué sorprendida América, sorprendida en su cuna, entre arrullos y halagos del mar y de la brisa; sin otro adorno que su propia, fecunda y admirable naturaleza; y así, más bella, más hermosa, más ingenua con sólo el beso de la luz en la morena frente tropical.

¿Qué traían a estos mares y estas playas? ¿Qué traían a estos bosques y estos ríos; al llano y su gala de verdura, al monte y su atrevida crestería?

Traían la cruz, el primer árbol de libertad plantado en la cima del Calvario por un mártir de la injusticia de los hombres; traían la espada vencedora del moro tras largos siglos de encarnizada y de gloriosa lucha; la que había de herir mortalmente al turco, la que triunfando en Pavia libertaria en Bailén; traían el idioma, la lengua del Romancero y las Siete Partidas, la lengua, que acaso sobreviva al esplendor y la magia de la fé, pues lo divino suele tener caídas tan hondas y profundas como lo humano; la que sobrevive ahora al destello fulgurante de la espada que un hijo de la raza arrancó altivo de manos de un virrey; la lengua, verbo elocuente de un pasado de incomparable magnificencia; lengua sonora y expresiva de un presente de transformaciones increíbles que nos sorprenden tanto como la aparición de otro nuevo mundo, en lo económico, lo político y lo social; lengua que seguirá diciendo, que seguirá cantando, perpetuamente, la unidad espiritual de la raza desde el Bravo a Magallanes.

Savia de siglos es la sangre que circula por sus venas. ¡Y qué siglos de lucha, de triunfos y martirios los que van de Covadonga la heroica a la heroica planicie de Ayacucho! ¡Y qué siglo luego de Ayacucho a nuestros días! A estos nuestros días en que los pueblos van limpiando, unas tras otras, con sacudimientos de entusiasmo y clamores de liberación, las manchas que de cuando en cuando ensucian y ennegrecen la tierra de América, toda ella amor y ensueño de libertad, esperanza inefable, no fallida aún, de ese mundo de paz y de concordia que será sin duda asombro de otros tiempos y otros hombres.

Esas manchas se llaman ídolos, y esos ídolos caen, cayeron o caerán; y en sus marchitos frentes grabará la

Historia, cual irri de infamia funerario, la condenación eterna de que no son, de que no fueron ellos, ni camino, ni vida, ni verdad.

Pero este es un día de tregua, de tregua y paz. ¡Paz! Palabra de dulzuras infinitas y más dulce todavía por el encanto de sus dones y promesas. ¡Tregua! Tregua al recelo, a la desconfianza, al odio. Tregua a la intriga, a la codicia y la ambición. Tregua y recogimiento. Nace hoy un mundo. Reyes y pastores doblaron las rodillas en el portal de Belén. Dóblela a su vez la América para adorar y ensalzar su propio y milagroso nacimiento; y álcese luego y mire bajo la curva azul del firmamento, símbolo de su dicha, símbolo de su gloria, desplegada al viento, la pureza inmarcesible de una bandera blanca, de la bandera blanca de la paz continental; y a su sombra, adelantando y ascendiendo estos pueblos suyos, con el supremo gozo de la alborada anunciadora de un día en que brille como ideal en su santuario, la luz inextinguible, la eterna luz del pensamiento humano.

Por sobre el mar tenebroso convertido hoy en mar de civilización, en mar de acercamiento universal, tendamos nuestros brazos; que de allá, otros brazos vendrán hacia nosotros para fundir en estrecho abrazo fraternal el espíritu y la raza de esa España y esta América, cuyos hijos nunca cedieron a espantos del corazón ni al rigor altanero de la fuerza y de la audacia.

Levantemos en alto el pensamiento, elevemos los razones, en honor de la raza, por respeto a España y por amor a América.

12 de Octubre de 1930

## DISCURSO

pronunciado en la Sesión Solemne del Congreso Nacional  
celebrada en honor de Cuenca

Permítaseme decir una breves palabras acaso más  
más que oficiales, antes de clausurar esta sesión.

Señores:

Día de fiesta, día de júbilo es y debe ser este en que  
hubo un clamor más, un clamor heroico de libertad, un  
nuevo sacrificio, nuevo martirio, pero también un nuevo  
triunfo para la emancipación, en esa tierra austral que  
dió al Imperio de los Incas el más grande de sus hom-  
bres; Huaina Cápac; al Perú su primer Presidente: La-  
mar; y a la Patria el Teniente de la Tercera Compañía  
del Yaguachi, el Niño, el Joven, el sublime adolescente  
en cuya vida no hubo mancha, y en cuya muerte no ha-  
bía ni podía haber sino lágrimas de amor y redención y  
splendores y sonrisas de inmortalidad. (*Áplausos*).

Y esa tierra, esa porción austral, en cuyo suelo, en  
cuyas aguas, en cuyos montes y colinas, en cuyos huer-  
tos y praderas resuena todavía el eco prolongado de ha-  
ce más de un siglo; el eco prolongado de ese Tres de  
Noviembre de 1820, cuyo recuerdo conmueve y regocija,  
no solamente el corazón y la memoria de sus hijos,  
sino el corazón y la memoria de todo ecuatoria-  
no en cualquier rincón de la patria; esa tierra, señores,  
es la tierra cuencana, la que secundó el grito y la libertad  
de Octubre; la que los defendió luego con la abundante  
sangre de Verde-Loma; la que en abrazo estrecho y fra-

ternal, en acercamiento espontáneo que dura, y durará perpetuamente, intocable y sagrado, unió a sus hijos con los del caudaloso Guayas, para que con Suere por cabeza, por escudo y por espada, pasaran gloriosamente por Riobamba y Tapi y segaran y ciñeran a las sienes el lauro inmarcesible de Pichincha. (*Vivos aplausos*).

¡Salve tierra y región, donde, sin saberlo yo aspiré en mi primera niñez esa aura vital que, sin duda, dió a mi espíritu la dulce inclinación que le hizo preferir la gracia y el encanto de Ariel, al innoble y torpe instinto del monstruoso Calibán. (*Aplausos*) ¡Salve tierra y región que me acogiste un día con el afecto y el aplauso de una franca e hidalga simpatía, para mostrarme generosa la verdad apacible de tus campos; la hermosura y gentileza de tus damas, el trato amable y cortesano de tus mejores hombres y el despertar risueño de esa tu ardiente juventud florida. (*Grandes aplausos*).

¡Creced y prosperad tierras azuayas! Creced y prosperad; pero cuidado siempre de no apagar el espíritu, de no apagarlo mañana entre el ruido y el estrépito ensordecedor de máquinas que ruedan, de máquinas que vuelan, porque el espíritu es el verbo, y el verbo es el que flota y sobrenada sobre las negras aguas del olvido que cubren, hunden y sumergen hombres, hechos e instituciones.

Virgilio canta todavía en su hexámetro inspirado; pero están mudos, mudos para siempre, el foro, el Capitolio y hasta los grandes Césares, salvo los que supieron decir, los que tuvieron el don de la palabra, de la palabra eterna.

Yo te saludo ¡Oh Cuenca! en este día. Fuiste, ciertamente, la cuna envidiable del Niño, orgullo de tu nombre y de tu fama; mas fue una entraña guayaquileña la que le concibió y dió a luz en esa cuna, y fue un alto y soberbio pico de los Andes, el altivo Pichincha, el que le ofreció lecho de muerte y de gloria para su temprana inmortalidad: temprana y admirable.

No lo queráis para vosotros solos; es nuestro, señores, es de todos; es el símbolo más elevado y puro de la unión de esos tres núcleos primitivos que forman hoy y

formarán mañana, así lo espero, a pesar de cualquier oscuridad, a pesar de cualquier mancha, la brillante y espiritual patria ecuatoriana; la de nuestros padres, la de nuestros hijos engendrados y nacidos para morir por ella, o para vivir felices en su seno, en el augusto seno de su tranquila y noble independencia. (*Muchos aplausos*).

Señores del Senado, señores de la Cámara de Diputados: Os invito también yo a que os pongáis de pie breves instantes como homenaje de respeto y admiración al Tres de Noviembre de 1820; en honor de la sangre y de esos muertos casi olvidados ya de Verde-Loma; y en honor del Héroe que, si muerto en Pichincha, vive y vivirá eternamente en lo más íntimo del corazón de todo pecho ecuatoriano. (*Grandes aplausos*).

(Versión taquígráfica del señor José Manuel Ruiz.)

# *En homenaje al Libertador*

Telegrama de Guayaquil.—Noviembre 17 de 1930.—Presidente Congreso Nacional.—Quito.

Aunque ausente, uno mi voz a las muchas que dirán hoy, en la sesión de la tarde, el noble y merecido elogio de Bolívar. Hizo la luz en América; y al igual de la luz en la creación, continuará alumbrando eternamente, en el espacio y en el tiempo, en el astro que rutila todavía y hasta en la masa inerte de soles que murieron. Su nombre sigue y domina la corriente de los siglos, se extiende y se dilata por el orbe entero. Ya no es de Venezuela solamente, su gloriosa cuna; ni de la gran Colombia, patria inmortal de su inmortal grandeza; ni de Bolivia la predilecta, ni del Perú al que dejó su amor y a cuyos habitantes dijo: "Me habéis vencido"; ni del Ecuador, que le brindó la dulce sombra de su dulce hogar. Su nombre lo proclaman, lo ensalzan y repiten toda lengua y toda raza; y no habrá pecho humano que no se vuelva a él, cuando quiera que invoque el derecho y su justicia, o cuando clame libertad si ha de mantenerla en alto o ha de morir con ella. Su nombre es imán de altísimo respeto y de profunda fe. Es llama que flamea y bandera de paz de toda gente y todo pueblo y toda patria. Que el sol en su carrera de cien años más, salute y bese en ese nuevo día, con el ardiente rayo de su frente, la tierra Ecuatoriana,

la tierra nuestra, más libre, más próspera y fecunda que ninguna, por su amor y su lealtad a la memoria de Bolívar y el maravilloso estímulo de su ejemplo sin rival en la fábula o la historia. Está y se alza sobre los grandes de la tierra, no porque hubiese sido el hijo afortunado de la guerra, sino porque fue, es y será padre y señor de la libertad de un mundo, de la libertad humana, cuyo estandarte llevó de triunfo en triunfo, desde las playas del Orinoco hasta clavarlo audaz y vencedor en la cima del lejano y helado Potosí para asombro y gratitud del universo. Unión, unión de pueblos; y al amparo sagrado de su nombre, del nombre de Bolívar, triunfaremos al cabo de las oscuras horas del pasado.

(f) **A. Baquerizo Moreno,**  
Presidente del Senado

## Panamérica

---

Está bien. América toda, América una.

¿Y a qué se tiende? Al respeto y al culto de todo un Continente; al respeto y al culto de cada una de sus partes; y, al mismo tiempo, a la fusión completa de esas partes en un ideal, en un solo ideal de grandeza democrática, de grandeza claramente humana; en un sólo ideal de amor, de fraternidad, en que excluidos queden los egoísmos de la fuerza, los egoísmos del oro, con pretensiones de imperio y bastarda hegemonía.

Ni el palo, el palo recio de Roosevelt; ni el dólar, la política del dólar del Canciller Knox. Estos desplantes han pasado; van pasando de moda y oportunidad a poder del golpe del desengaño, a poder del oro de la realidad de las cosas que hace luz y luz vivísima, en las absurdas y locas pretensiones de esos hombres que creyendo en su propia y constante omnipotencia, se tienen a sí mismos como dioses, y pasan y mueren luego como cualquier mortal.

El Panamericanismo no es, no puede ser una oficina de meras cortesías internacionales; el panamericanismo requiere, para ser la expresión de la verdad, el alma y la conciencia de los pueblos.

Mientras conciencia y alma se conserven aparte, y lo exotérico, lo exterior sea cosa de engaño, simple figuración de aquello a que aspiramos, Panamérica será un nombre; Panamérica será una fecha; será discurso; será torrente más o menos caudaloso de palabras que corren sin regar, ni fecundizar, las tierras de este sagrado hogar de las Américas.

Panamérica es Colón el descubridor; Panamérica es Bolívar, el milagroso genio de Bolívar, el iniciador, el realizador del primer Congreso Panamericano.

Panamérica ha de ser la Justicia, la Igualdad, el Derecho, el respeto mutuo, la ayuda mutua, el ideal único y la preparación continua y eficaz de una tierra, de un Continente, para todo lo bueno, todo lo recto, todo lo amable y noble y levantado; para todo lo fecundo e inmortal en el amor de estos pueblos y naciones.

Con recelos, no habrá Panamérica; con violencias francas o disimuladas, no habrá Panamérica. Habrá ficción, figuración, disfraces y mentiras; y sobre la mentira, nada estable, nada firme, nada sólido se construye o se mantiene en pie.

Equivale a edificar casa sobre arena, que dijo el Cristo; y descende lluvia y soplan vientos y crecen ríos y la casa cae, y cae con estrépito de ruina y desolación.

Levante, pues, el Panamericanismo su fábrica inmortal sobre peña, sobre roca: sobre la roca de la sinceridad, de la verdad, del amor libre de celos y recelos, de fuerzas y violencias; y entonces, y sólo entonces, subsistirá para siempre, y esa casa, esa fábrica así levantada y construída será, no el espléndido y cómodo hogar del Panamericanismo únicamente, sino el magnífico hogar de la Humanidad entera.

Y en tanto, símbolo de esa unión, de esa aspiración, flote a los vientos, allí donde Bolívar vió el centro del Universo, el 14 de Abril de cada año, la bandera común de estos pueblos de América, la bandera blanca, la bandera inmaculada del amor y la paz Continental.

Abril, 17 de 1931.

## En España y por España

---

¡Y triunfó la República! Bendita sea. Ya la madre y las hijas; España y la América Hispana habitarán más estrechamente unidas el amplio solar de la democracia; y en él, derrumbado al fin el vetusto edificio de los Austrias y Borbones, se levantará gallarda y primorosa la **Casa Blanca** de la república española, de la república federal acaso.

Los gobiernos son del pueblo y para el pueblo; y es el sufragio libremente ejercido, el único llamado a manifestar ese querer, esa voluntad del pueblo. La voluntad **real** ha desaparecido; en cambio la voluntad popular se alza y manifiesta extensamente republicana; y Alfonso abdica; y la bandera de la nación, la bandera de ese triunfo puro y elocuente flamea al aire bajo el cielo primaveral de la noble, portentosa y angustiada España.

Arraigue y florezca ese querer republicano. Sembrando ideas se cosechan triunfos; y qué triunfos. Los de la justicia y la paz y la igualdad.

América saluda a España, tiende hacia ella los brazos, y besa en la frente de la Madre el advenimiento de una nueva majestad, de una nueva soberanía: la majestad, la soberanía del pueblo.

Aprendamos de este ejemplo. Aprendamos a irnos cuando el tiempo nos despide, cuando indique nuevos

rumbos y caminos, cuando suene en los oídos la voz que clama por otros hechos, otras leyes y otros hombres.

Alfonso ido. Seamos benignos para el que sale con gesto de gentil desprendimiento; y enviemos nuestro aplauso a ese otro gesto valeroso y decidido de una España que esperamos no será ya la de los tristes destinos, sino dueña y señora de su propio destino, del destino que anuncia el albor de la República.

Nuestros más fervientes votos por la prosperidad de España, de la recién nacida y venturosa España, en el día de su transformación pacífica e incruenta.

Nuestros más fervientes votos porque esta sea definitiva al amparo de la paz, del buen sentido y el orden. Que no haya en ella ni convulsión, ni sangre que la manche.

La monarquía fue. Salve, tres veces salve a la República en el hoy y en el mañana.

## 24 de Mayo de 1931

---

Celebramos hoy el aniversario de una hazaña que afirmó la Independencia del Ecuador y contribuyó, poderosa y bizarramente, a la libertad del Sur de Colombia.

Ese campo, ese risco, ese monte, guardan en sus entrañas sangre heroica de un niño sublime, mezclada para siempre con la sangre de los que, amigos o enemigos, la derramaron también, por su Patria o por su Rey.

Con amor y veneración hacia los unos, sin desdén ni ofensa para los otros, alcemos el testimonio perdurable de nuestro recuerdo, de nuestra admiración y agradecimiento por quienes lucharon, vencieron o murieron allí para que fundáramos y consagráramos esta Patria, esta Libertad, esta Justicia y esta Soberanía nuestras, solo nuestras; para que nosotros y nuestros hijos tuviéramos bajo el azul del cielo una tierra a que dedicar la más completa devoción filial; una tierra de espléndidas promesas, una tierra que cultivar y amar, una tierra digna del río que oyó y recogió el grito de Octubre para que los vientos y las olas lo esparcieran por la llanura indómita del mar, y digna del monte a cuyo pie hubo mártires, y en cuya cima hubo héroes por la Emancipación de un Continente todo el grandeza con la inmensidad de sus pampas y sus llanos, la majestad sublime de sus cumbres, sus ríos como mares, el vuelo audaz y poderoso de sus cóndores, el

genio de sus hombres y la energía y el esfuerzo indomables de sus pueblos, unos todos ellos para la magna lucha, y unos también para la victoria, la democracia y su triunfal corona.

Pichincha es un alta, muy alta cima de nuestra gloria. Levantemos, pues, sobre esa cima el grandioso monumento de la Patria; no de rojos o blancos mármoles, no de refulgentes y sonoros bronces, sino de Paz, de Trabajo y Civilización; el monumento que diga a la América toda que en Pichincha hemos triunfado por segunda vez; triunfado de la vieja servidumbre de celos engañosos y estériles contiendas, y roto las cadenas impalpables de una dolorosa esclavitud de pasiones, no por la espada, antes por el arma divina y creadora del pensamiento en manos del amor y la concordia de cuantos nos consagramos hoy al júbilo de una Patria y una conciencia libres.

La sabiduría nos inspire, la Libertad nos guíe y el Progreso remontando su poderoso y fantástico vuelo nos lleve a regiones de luz y bienestar, donde el pan y el afán de cada día no signifiquen raudal inagotable de lágrimas amargas mezcladas con dolores y sollozos infinitos.

Para ello, antes que nada, tengamos hambre de héroes, hambre de saber y de bondad; de saber y de bondad que nos sustenten, nos encumbren e iluminen con la fuerza, el poder y la virtud de sus ideales.

*En la Sociedad  
Bolivariana  
de Guayaquil*

AL SER ELEGIDO SU PRESIDENTE

---

Señores:

Mi agradecimiento más cumplido por tan honrosa distinción. Quisiera excusarme, por obvias razones; pero ni vuestra confianza, ni el objeto de esta misma institución, no sólo de carácter patriótico y nacional, sino ampliamente americano y con afinidades, deberes e inclinaciones que estrechan y unen a las repúblicas de origen bolivariano, me autorizan en este momento a proceder de otra manera que aceptando el puesto que vuestra benevolencia me señala; tanto más, cuanto en cada uno de vosotros veo y considero una como presidencia de honor por vuestro amor y consagración a la memoria del gran Libertador, del Libertador que esparció en América la semilla de la liberación republicana para que brotase y floreciese luego en tierras también de nuestra madre España que recoge ya el fruto nacido de aquella sangre, de aquellas lágrimas y aquel soplo de muerte que nos asoló y asoló cruelmente, pero que engendró estas hijas que,

si siempre la amaron, la glorifican hoy en su igualdad republicana tan vigorosa, noble y abnegadamente resucitada.

¡Bolívar! Somos los hijos de su espada; pero nos falta serlo completamente de su pensamiento y su palabra; de mucho todavía de lo que pensó y dijo en discursos y cartas y proclamas, en brindis y mensajes. Estas Sociedades, manteniendo y avivando el fuego sagrado de su culto y admiración, haciendo por extenderlo aún más allá del propio hogar, están cumpliendo lo que resta por hacer para que del Padre y Fundador de Colombia, del Padre y Libertador del Perú, quede, se levante y perpetúe al fin, íntegra y cabal, sobre la maravillosa obra de su voluntad y su acción, la de su pensamiento, la de su corazón magnánimo, la de su espíritu que más que en su envoltura carnal, vive y vivirá, glorioso y sublime, en la memoria de esta América y de esa América y de toda América; en la memoria de todo hombre libre y todo pueblo libre, y en la de todo hombre y todo pueblo que hagan por respirar el oxígeno de vida, el oxígeno tonificante de una libertad que será al cabo la verdadera y única señora del mundo.

Señores: al repetiros mi agradecimiento, declaro instalada esta Sociedad bolivariana de Guayaquil, ciudad donde el Libertador en su encuentro con el Capitán del Sur, escribió para la historia de la emancipación, una de las más brillantes, altivas y decisivas páginas.

15 de Junio de 1931.

# Contestación al Mensaje del Presidente de la República

---

El Congreso Nacional ha escuchado con vivo interés el Mensaje que Ud. Señor Presidente acaba de leerle, y ese interés, ese vivísimo interés se explica y comprende por el hecho de que el actual Congreso se reúne en días nada venturosos, días de expectación, de muy honda expectación, de intranquilidad de espíritus y de un malestar, triste es pensarlo y más triste decirlo, pero mi voz es también de verdad y expresa el sentir general, de un malestar casi agónico en lo que se refiere a lo íntimo de su perturbada vida económica.

Hay ciertamente algo sano. Sana está la moneda, pero está enfermo lo demás. Misión de expertos y expertos sin misión, no han faltado hasta ahora; quiera nuestra buena suerte que lleguemos a dar con algo sencillo, adecuado, que nazca de la propia entraña de la tierra ecuatoriana, con una medicina que llamaré de sentido común, o por mejor decir de buen sentido, que nos acerque siquiera a un franco estado de convalecencia nacional.

En realidad el mal no es de aquí solamente. La ciencia y la experiencia del viejo y del nuevo mundo van de ensayo en ensayo, y en ocasiones de fracaso en fracaso. Tal vez sea esto signo y revelación de tiempos que se anuncian, tiempos que tras vacilaciones, caídas y catástrofes acaso, sean para la humanidad, viajera solitaria del espacio, la aurora de una era mejor, de una era de vida sana y saludable.

Ciento veintidós años hace, hubo un grito de libertad que repetido y esparcido luego, produjo al cabo, no sin recio batallar, la emancipación de todo un Continente; pueda también algún día, otro grito, otra acción, libertarnos de esta inquietud constante, por no decir esclavitud, de esta inquietud constante del oro en que vivimos muriendo.

Señor Presidente: las Cámaras en este recinto, y la opinión fuera de él, considerarán y estudiarán la exposición e indicaciones del Mensaje. Los Honorables Senadores y Diputados, con verdadero entusiasmo, con verdadera buena voluntad y la cooperación ofrecida por Ud., señor Presidente, se empeñarán en la patriótica labor de aliviar, de mejorar cuando menos, tan deplorable situación, que a lo nuestro agrega lo que está lejos de nuestro alcance, de nuestras manos: lo mundial, que nos envuelve y azota duramente.

Trabajemos, pues; esforcémonos por la salvación común. Este será el más alto y noble ejemplo, el más alto y noble ejemplo de todo espíritu que sobre las mezquindades de la hora presente, pone los grandes y fundamentales intereses del pueblo ecuatoriano, fuente primera de soberanía y bienestar.

Señores: que la unidad del deber nos acerque, nos agrupe, nos reuna y nos salve en lo posible.

Y digo en lo posible, porque para una salvación definitiva, hay que crear un mundo. ¿Qué mundo me diréis? El mundo de la paz, de la confianza y la concordia de los pueblos.

El abrazo humano.

La conciliación universal.

10 de Agosto de 1931.

*En la sesión solemne  
del Congreso Nacional  
en honor de Guayaquil*

Ciento once años transcurridos desde aquel día en que un arrojo, por siempre memorable dió su independencia a Guayaquil, nos traen hoy a la memoria el heroísmo infatigable de nuestros próceres y su fecunda herencia de libertad.

Otros alzaron luego el majestuoso edificio de la democracia republicana, al cual debemos dedicar todo nuestro espíritu y todo nuestro corazón, para que no llegue a perecer en nuestras manos la obra de ese heroísmo ni esa herencia amasada con lágrimas y sangre, con luto y muerte.

El esplendor de ese día, la augusta serenidad de esta sesión del Congreso Nacional celebrada en honor de Guayaquil, el júbilo del momento, las voces, los aplausos, todo, desaparecerá al fin en el raudal del tiempo incontenible y, a poco más en lo hondo de la negra sima del olvido.

Pero no desaparecerá, no, de la memoria de los hombres, la obra de los que hicieron, lo que hicieron aquellos que son hoy nuestros grandes muertos, aquellos que sellaron su grandeza con su muerte. Será eterno, perdur-

rable como el monte que glorificó a Sucre, como el nevado asiento de los delirios del Libertador, como el río sagrado y caudaloso que en su mansa corriente lleva al Océano la estrofa elocuente y encendida del inmortal Olmedo.

Ofrezcamos, pues, a nuestros libertadores, el culto de nuestro amor, el culto de nuestra abnegación, y sacrificio; que de hoy en adelante no haya más sangre en las manos, ni odio en los corazones; que resuene en día tan memorable el himno triunfal de la paz por los ámbitos todos de la República, como la más digna y única ofrenda de todo pecho ecuatoriano, ofrenda que es hoy su más alto deber, su más noble honra y el más claro y puro timbre de su gloria.

¡Oh! tierra mía, tierra de mis padres, célebre no sólo por tus hechos sino también por tan magníficos elogios. Yo te saludo, oh tierra guayaquileña, desde este alto sitio en que me ha colocado una vez más la bondad del Senado. Yo te saludo, hoy que eres palabra de amor en mis labios, admiración en el corazón, y en el pensamiento, imagen constante y eficaz de acción libertadora. Te veo ahora recogida en tí mismo, casi silenciosa, mirando hacia tus campos desolados; pero sé yo, y sabemos todos, que viven y vivirán en tu indomable espíritu inmortal, la gloria y la virtud de tu valor, la gloria y el valor de tus múltiples virtudes.

Acoge mis palabras, dame tu inspiración para vivir en comunión espiritual contigo, y para que en tu memoria viva también de modo sincero, perdurable el recuerdo de mi nombre y de mi amor.

Señores, cordialmente agradezco al Congreso Nacional por este tan expresivo y patriótico homenaje en honor de mi ciudad nativa, y hago fervientes votos también porque la obra del Congreso de 1931 sea verdaderamente útil y eficaz para el bienestar y el resurgimiento de nuestra querida patria ecuatoriana.

9 de Octubre de 1931

*En la Sociedad  
Bolivariana  
del Ecuador*

---

Señor Presidente de la Sociedad Bolivariana, Señoras,  
Señores:

Somos los primogénitos de la libertad, los primogénitos en el martirio, los primogénitos en el amor y la veneración al Gran Libertador; y como no mueren las ideas, como viven eternamente triunfadoras, como perduran, imperan y dominan y a veces implacables derriban y arrastran por el suelo hombres e instituciones, los ídolos de un día y hasta los mismos dioses del Olimpo; y otras encumbran y glorifican lo que es digno de glorificación y encumbramiento, nos ha reunido hoy el recuerdo y el culto de la libertad de un pueblo, el recuerdo y el culto de sus maravillosos hechos de abnegación y sacrificio; y la evocación del Genio incomparable cuya sombra luminosa creciendo en esplendor, se extiende por América,

traspasa el ancho mar, y va cubriendo ya, protectora y benéfica esa tierra de Europa, maestra y tutora de sus primeros años juveniles, de sus amores, de sus ensueños y juramentos por la libertad de un mundo, por la libertad del hombre sin distinción de clases, de tiempo ni lugar.

Es acaso vano decir, ese decir de que las generaciones suelen alimentarse del negro pan del olvido. No olvidan, no, ni la gloria ni el crimen.

Este día, esta fecha, tan distinguida y numerosa concurrencia, el aplauso, la sonrisa, la alegría, todo, todo nos dice que vivimos y revivimos grandemente de memorias y recuerdos. Agosto, Octubre y luego Noviembre, este Noviembre que estamos celebrando, son la base perdurable, la trinidad gloriosa de la no menos gloriosa unidad nacional.

Oh tierra Azuaya yo vuelvo a saludarte, y siento al saludarte el orgullo de hacerlo desde tan elevado puesto, como lo sentí ayer desde el severo sitial de la Presidencia del Congreso; porque en uno y otro cargo, representando al periodismo allí, y representando a la Nación aquí, expreso los votos de simpatía y admiración que tiene para tí, tus talentos y virtudes, un pueblo como el nuestro, sincero en su alabanza y más sincero aún en su reprobación y su justicia.

Aquí, aquí entre nosotros merecidamente condecorado y aplaudido tenemos a quien es hoy altísimo poeta y altísimo representante de la cultura y del saber azuayos. Ciñe a su frente el laurel de Apolo y sobre su noble pecho colmado de patrióticas virtudes habéis puesto esa medalla que más que un galardón, es el debido tributo a un bolivariano que en bellas, copiosas y austeras páginas ha rendido su homenaje de amor y gratitud a la memoria viva e inmortal del inmortal Bolívar.

Aplauso y gloria al hombre de largos años, larga fatiga y fecunda inspiración; aplauso y gloria a su solar nativo, a la risueña tierra del canto y del saber, a la risueña tierra del patriotismo alerta siempre y nunca desmentido.

De mi parte, señores, presento el más cordial agradecimiento a la benemérita Sociedad Bolivariana por este acto que me honro en presidir, por las frases de extrema benevolencia que acaban de pronunciar los aplaudidos señores Presidente y Vicepresidente de la Institución, frases que sonrojan mi esquivez del aplauso o del elogio; y por esta condecoración, premio inesperado, que por una mano amiga pone a mi pecho la sombra augusta de Bolívar, sombra que podéis mirar en esta sala gozosa y presidiendo y aplaudiendo la fiesta consagrada a la libertad y al heroísmo azuayos.

¡Bolívar! númen providente y soberano de tu vieja Colombia, de la América entera y del mundo de los libres, asístenos, inspíranos, abre, abre el camino de nuestra futura grandeza en la confraternidad de un Continente. Llégate, llégate a nosotros; a este pueblo que te ama y te bendice. Señor y Padre nuestro, canta con él sus glorias. Señor y Padre nuestro, llora, llora con él en sus desgracias.

Quito, 3 de Noviembre de 1931.

## *En lo agudo de la crisis*

Señor don

Enrique Cueva,

Presidente del Banco Central.

Ciudad:

Muy distinguido señor y amigo:

Leo con frecuencia, casi diariamente, de la fuga del oro; oigo asimismo la apreciación de que cuando sale a la circulación una mayor cantidad de billetes, estos billetes vuelven prontamente a las ventanillas del banco, y de que allí, convertidos en letra, en oro, se van fuera del país no siempre a causa de legítimas inversiones, antes bien por desconfianza, y como quien dice buscando el amparo de una bandera extraña, que hoy por hoy, ya lo hemos visto, no siempre cubre la mercadería oro exportada en busca de seguridad. Esto lo sabe el banco y lo sabe el oro de sus libras esterlinas puestas al abrigo de algún mal intento nuestro, en la caja fuerte de Londres.

Y el oro se hizo papel. El banco, en atención a su ley, por cumplir con ella, en vista de la depresión de los negocios y de la famosa liquidez que se lleva a cabo en la hora más ilíquida del mundo, pone empeño, empeño laudable sin duda, en la apreciación de las operaciones de descuento y redescuento que se le proponen; y no las concede entiendo, sino cuando las juzga legítimas con-

forme a su ley y a sus estatutos. Defiende así, y en mucha parte, el oro; pero lo defiende exclusivamente con el circulante, con el billete que va escaseando y cuya indudable y hoy reconocida escasez no sólo es efectiva sino también causa y causa grave, gravísima de muchos y grandes males.—Pregunto yo: ¿No sería mejor defender el oro con el oro mismo? Restringir su salida, restringiendo su venta o sea la concesión de letras? ¿Por qué el Banco juzga y aprecia de la operación en billetes para concederla o negarla, y no de la operación en oro, de la operación en letras, cuando a mi juicio puede y acaso debe hacer lo mismo en estas tan dolorosas circunstancias de fuga del oro y restricción del billete, esto es, del circulante? Si hay la policía del descuento y redescuento haya también la policía del oro. Se me dirá acaso que el Banco no puede negar el oro que se le pide en letras a cambio de sus billetes.—Distingo: y creo que si el Banco se negara a cambiar sus billetes por oro, oro físico, estaría en quiebra; pero no si se niega a vender letras, en caso de fuga de capitales, siempre y en cuanto ofrezca el oro de su hóveda a cambio de los billetes que se le presentan. La obligación de un Banco emisor es la de cambiar su emisión por oro cuando se le solicite; pero no la de ofrecer o vender letras por dicha emisión.—Esta ha sido una como novedad para nosotros en la Ley del Banco. Se le ha dado a éste esa facilidad, sin duda para que el oro recogido de los bancos comience por salir en fuga con el pretexto de la entonces tan decantada seguridad, y continúe luego por la misma razón de seguridad escupándose dolorosamente del país y dejándonos exánimes por falta de una adecuada circulación, como si dijéramos sin sangre. ¿Y qué vale el cuerpo, y más, qué vale el alma misma, el espíritu que decimos, sin sangre en las venas, sin la materialidad de ese licor que va y viene por las venas y arterias de nuestro propio cuerpo? Se dirá que si el oro no sale en letras, saldrá en metal. Puede suceder, pero esto es un tanto más difícil y costoso, y será siempre un obstáculo para la fácil salida del oro. ¿So acudirá a la compra de letras fuera del banco? Está bien, pero esto costará tal vez más al comprador y no dis-

minuirá de manera alarmante la reserva metálica del Banco. Juzgo, pues, en síntesis y para concluir que no deben de haber dos criterios: uno para el análisis de las operaciones de descuento y otro amplio e irrestricto para la venta de giros oro.—El Banco debe estar listo a cambiar por oro físico sus billetes en todo caso, pero no en todo caso a cambiarlos por letras.—Juzgue de éstas como juzga del descuento.—Puede suceder, señor y amigo, que se me pongan muy serios reparos a lo que digo e insinúo; mas, si como particular nunca me ocupé en una técnica que nada resuelve al cabo en los momentos de conflictos; que se atiende únicamente a la esperanza de los próximos ciclos de mejora y de ventura, como magistrado y por hallarnos en situación de tanto apremio, duda y hasta desesperanza, me siento en el caso de dirigir a usted esta carta que no lleva nada nuevo, ni está inspirada en el saber y la experiencia del ilustre médico de la moneda, pero que pone al servicio del país el buen deseo de acertar y de hacer que lo alivie y lo conforte.—Esto quebrantaría un tanto lo exterior y vistoso del procedimiento: allá van letras, porque piden letras.—Mas, los fundamentos de la institución seguirían inquebrantables y con mayor solidez aún. Si la normalidad está fuera de uso, no sólo entre nosotros, sino en el mundo entero, debemos proceder de la manera que más se acerque y quepa dentro de esa general perturbación, dentro de ese profundo y al parecer irremediable descontento; y no empeñarnos en sostener con afán perseverante lo que está desquiciado y roto entre los grandes, cuanto más entre los débiles y pequeños de toda hora y todo momento. Si hay error, discúlpelo; si hay algo de buen sentido, no de ciencia, añada bondadosamente la suya a ese mi sentir por ver de que usted y yo, el banco y la nación quedemos a salvo, todavía, en parte siquiera, de la tormenta que crece y crece con amenazas de agonía y muerte.—Desde luego, lo dicho anteriormente no quita que si le parece a usted mejor la organización de una comisión de control de cambios procuremos llegar a ello; pero sería preferible la propia y natural acción del Banco a un nuevo mecanismo que acaso quebrante la propia acción del central

y su plausible independencia.—Sería bien, además que con el objeto de aumentar prudentemente la circulación facilitara el Banco al gobierno.....millones de sucres en cuya distribución y empleo podría intervenir alguna comisión. De este modo el gobierno de la República sería el responsable, del deudor para con usted, y la nación vería con agrado la intervención y esa responsabilidad tomadas en momentos de un clamor tan evidente y tan explicable. Las condiciones o detalles se acordarían luego; sería un empeño en que más que el negocio bancario, se tendría en cuenta el bienestar del país, su alivio, con un procedimiento de emergencia hasta un nuevo Congreso; y empeño de posible realización en mi concepto, y sin daños o pérdidas para el Banco de su digna dirección, pues la nación es lo perdurable y sólo con ella o por ella puede aquel subsistir o prosperar.—De usted muy atento servidor y amigo,

**A. Baquerizo Moreno.**

Quito, 26 de Enero de 1932.

## Una proclama

AL EJERCITO

Con la rápida y enérgica movilización hacia el norte de tres de vuestras magníficas Unidades y la firme, leal y heroica resistencia del batallón Manabí, en Tulcán, limpio quedó vuestro nombre de la suspicacia con que se le quería manchar, lo habéis engrandecido, y noblemente, habéis devuelto en pocas horas su paz a la República. El Manabí ha honrado una vez más el nombre que lleva; y ha logrado dar nuevo y brillante lustre a la lealtad valerosa de cuantos son sus compañeros de armas. Un laurel más para el ejército, que ni opacará el tiempo ni marchitará la maledicencia. La actitud del ejército contrasta con la de esos empleados civiles, desleales y traidores a la Constitución y al Gobierno que servían. Aviadores de mi Patria. De antemano habíais anunciado la paz y la paz fue. Que vuestros audaces vuelos sean también en adelante audaces vuelos de paz y de concordia. Soldados de la República! Siempre estaréis conmigo en el puesto del honor y la victoria.—(f) A. Baquerizo M.—Quito, 2 de febrero de 1982.

## *En respuesta a una carta*

Sr. Dn. Modesto Larrea Jijón.—Ciudad.

No creo que puede ser materia de conceptos únicamente la detención de Ud. No es materia de conceptos sino de hechos; y que Ud. estuvo complicado, grandemente complicado en el movimiento de Tucacán, es cosa que ni el hecho, menos el concepto pueden inducir a negar o rechazar.

Ud. me dijo que no conspiraba y ha conspirado indudablemente. Los levantados en armas son los liberales larreistas, de la pasada elección presidencial, empleados públicos en su mayor parte. ¿Se ha sincerado Ud. de ello? ¿Ha protestado de ello? ¿De que se le tenga por Jefe de una conspiración y levantamiento que, con la divisa de liberal, en pleno liberalismo quiera ofender y detribar a un gobierno liberal? Yo no soy, amigo mío, el señor Bonifaz, a quien Ud. se opone; y es más deplorable que en plena paz, en pleno goce de la libertad, e invocando doctrinas liberales se atente contra quien concedió por primera vez en el país una verdadera e irrestricta libertad electoral, cabalmente por haberla concedido.

Si el liberalismo llegara a hundirse, cosa que no creo, que no acepto, no precisamente por las declaraciones del señor Bonifaz, sino por la propia conciencia nacional que condenaría y castigaría toda vuelta a tiempo que no pueden ni debe ser ya; ese hundimiento sería tósa de Uds. que contra la candidatura del Sr. Bonifaz

pusieron tres candidaturas liberales, tres candidaturas sostenidas y auspiciadas, aún en los días de la lucha, una creyendo ingenuamente acaso en su triunfo con la libertad y otra la de Ud. procurándolo por un apoyo oficial ofrecido, y luego burlado en el interés de una franca y reprobable dictadura.

Y ante ese intento y ese fracaso ¿cuál la actitud de U? Yo he sentido por esto inmensamente haberme visto en el caso de autorizar el arresto y el confinio de Ud. Presidente yo en 1916 le nombré Gobernador de Pichincha e inició con ese nombramiento su carrera política. Y ahora nuevamente yo en la Presidencia de la República, por circunstancias no previstas que todos conocen, contra mi propio deseo personal, tengo que defenderme de Ud. y los suyos con el empleo de la dolorosa fuerza de las armas. ¿Por-que? Por un fracaso electoral, obra no mía sino de Uds. mismos, de un partido dividido por evolución; pero también por vanidad y ambiciones personales.

Ya Ud. fue dictador y cayó por obra de sus propios amigos. ¿Quiere nuevamente la dictadura? ¿Nada le ha costado la experiencia? Es raro que sabiendo Ud. lo que es el poder y la dictadura quiera volver a ellos.

Le aconsejo que no se retire de la vida política; pero sí de los caminos de sangre en que se va metiendo Ud. de algún tiempo acá.

Sería bueno, si así prosigue, que vaya a derramar la propia sangre, que la aventure siquiera como los grandes hombres de acción de nuestra pasada historia, y no que mientras otros la derraman largamente por Ud, Ud. se encuentre en cama y en su casa.

Va Ud. al confinio. Este será breve ojalá que esta prueba que pasa ahora, sirva solo para una reflexión que le vuelva a la política por caminos de paz que le lleven hacia la cumbre que desea alcanzar.

“La gran sensibilidad patriótica de sus antepasados hizo que fueran ellos en el “Real de Lima” los que ofendieran su sangre y su vida.” No la hicieron derramar, la derramaron por su patria y por su nombre.

Atento servidor y amigo,

**A. Baquerizo Moreno.**

# Telegrama a la Reina del Carnaval

Rosa Piedad I:

Ya que una elección libre te ha designado, hija mía, para un reinado de alegría y locura popular, piensa que en tí y en las fiestas que presidas, todo es un efímero disfraz, que si cubre, no debe olvidar que en el seno augusto de la patria hay mucho dolor, muchas lágrimas, y tristísimas miserias a que atender y que aliviar. Ojalá que parte siquiera de lo que se irá en murgas y disfraces, se empleare noble y caritativamente en esa acción benéfica y laudable de una GRACIA sin corona ni reinado. Ventura, larga ventura, para tí y tu pueblo, y que éste te recuerde y te bendiga acabado tu reinar de días. Oh nieta mía, tu abuelo te manda un beso ardiente de afecto y de cariño. Beso a la niña, pero no a la reina. La niña es realidad hermosa; y la reina un nombre, nombre de carnaval y nada más.

**A. Baquerizo Moreno,**  
Encargado del Poder Ejecutivo.

# Confiscación i Deportación

Quito, a 8 de febrero de 1932.

Señor

Presidente de la Compactación Obrera Nacional,

Ciudad.

Muy señor mío:

Agradezco muy sinceramente la felicitación que se sirve expresarme en nombre de la Compactación Obrera presidida por Ud., con motivo del triunfo de las armas constitucionales sobre las de la revuelta, en la ciudad de Tulcán.

Pero si Ud., en nombre de la Compactación me ofrece, ofrecimiento que agradezco también, el apoyo necesario para la defensa de la Constitución, no me explico cómo puede solicitarme una grave violación de la misma, con esa confiscación no autorizada por ella y tan extraña a nuestras costumbres y con una deportación apartada, muy apartada, del texto positivo del inciso 7º del Artículo 86 de la misma Constitución.

Ambas son medidas francamente dictatoriales que ni ejerceré como Magistrado ni aprobaría como ciudadano.

Mi voto en un Congreso sería contrario a tan fatídicas medidas, mi acción en el Poder no va a ejercerlas con tan flagrante violación de nuestra Constitución Política y negra violación, además, de mi conciencia de hombre.

Hay que ser fuertes, pero sin fusilamientos; hay que ser enérgicos, grandes si se quiere, pero sin una energía y una grandeza levantadas sobre la odiosa y oscura base de la confiscación y la deportación.

Atentamente de Ud.

A. Baquerizo M.

## La Técnica de Kemmerer

Quito, 10 de Febrero de 1932.

Señor Don

Gustavo Arroyo L.

Ciudad,

Señor:

Le expreso todo mi agradecimiento por su estimada y fina carta de ayer que veo publicada en los diarios de la mañana.

**Alea Jacta est** que decía el romano, el paso está dado que digo yo.

Iré adelante; y el estorbo o estorbos que hallare en mi camino, los apartará la opinión de un pueblo que tiene hambre y quiere billetes y quiere dinero, a cambio de trabajo.

La técnica de Kemmerer es hoy como una soga al cuello. Asfixia, ahorca, mata. Desatarla o romperla, ese el dilema.

Si me hallo equivocado perdóneseme y absuélvame mi buena voluntad; si estoy en lo justo, no buscaré aplauso ni recompensa alguna.

Mi aplauso y mi recompensa serán entonces el bienestar del pueblo ecuatoriano.

De Ud. atento y S. S.

**A. Baquerizo Moreno.**

# Centenario

## del Archipiélago

Presidencia de la República.—Telegrama Oficial para Guayaquil.—Quito, Febrero 12 de 1932.—Señor Presidente del Comité del Centenario.

No soltar Galápagos, he ahí mi divisa.

Tengo la patriótica fe de que el Ecuador se atenderá a ella en todo tiempo y en todo momento. El derecho y el honor así lo exigen.

Ni arriendos, ni ventas vergonzosas. La bandera, la bandera de la Patria siempre allá. No soltar Galápagos, no soltarlo.

**A. Baquerizo Moreno.**

## Centenario de Lloa

Dr. Carlos Arroyo del Río, Presidente del Comité

"Numa P. Lloa".—Guayaquil.

Conocí y traté al gran poeta guayaquileño; al que, con Olmedo es orgullo y gloria de esa región toda ella vida y luz e inspiración. La nada, nada significa para el esplendor sublime de esos espíritus inmortales. Fueron libres y grandes por la poesía y el arte en los años de su vida mortal; y siguen siendo libres y grandes aun dentro de la oscura estrechez de un sepulcro muchas veces olvidado. Nacen y renacen con los siglos. Sobreviven a la propia generación, a su propio arte, a su propia fé; y es tal el valor espiritual de su obra que sigue ella admirada en un nombre, en un nombre solamente, hasta alcanzar el espontáneo homenaje de quienes, extraños a ella, acaso ni la sienten ni la comprenden ya. Con un título de honor en el distinguido comité que Ud. mercedamente preside, uno mi voz al magnífico concierto de alabanzas que resuenan hoy por los ámbitos todos de la patria, en tributo de elogio y de recuerdo para aquel guayaquileño que fué, entre muchos otros, el lírico potente de una gran generación romántica.—Quito, Marzo 5 de 1932.

A. Baquerizo Moreno.

# Amnistía

ALFREDO BAQUERIZO MORENO,  
ENCARGADO DEL PODER EJECUTIVO

Considerando:

1º. Que es indispensable procurar la tranquilidad de la Provincia del Carchi; y en especial de la ciudad de Tulcán para afianzar el bienestar y la paz de la República.

2º. Que la ciudad de Tulcán dolorosa y trágicamente atormentada por los sucesos del 31 de Enero último, ha sido siempre un baluarte heroico del liberalismo y su gloriosa doctrina.

Decreta:

Art. 1º.—Quedan en libertad política las personas detenidas por el asalto al Cuartel el mencionado 31 de Enero.

Art. 2º.—Se solicitará del próximo Congreso decreto una amnistía completa para los sindicados en el referido asalto.

Art. 3º.—Comuníquese al Honorable Consejo de Estado que el Ejecutivo cesa desde la fecha en el uso de las facultades extraordinarias.

Art. 4º.—El Ministro de Gobierno y Previsión Social queda encargado del cumplimiento de este Decreto

Tulcán, a 13 de Marzo de 1932.

(f) **A. Baquerizo Moreno.**—El Ministro de Gobierno y Previsión Social, (f) **Flores Guerra.**

## Carta a Fabiola X

### reina de la alegría

Sin conocer aún la bellísima carta de Ud. ni sentir el effluvio de un ósculo de pureza allí donde los años pusieron para mí la blancura de una paz inmarcesible, fui a Tulcán, libérté prisioneros, devolví las extraordinarias, regresé en seguida, llegué y leí la amable y noble demanda de tan piadosa Soberana. La publicaba Ud. y decretaba yo conforme a su querer, en el mismo día de paz y de concordia. Y ese decreto firmado con tinta color de la sangre que se vertió en Tulcán; color de toda enseña de libertad humana; rojo color de unos labios que piden o suplican compasivos, lo envió a usted para que lo guarde y conserve como respuesta a la dulce soberana que abdicó su cetro de alegría y se cubrió de suave y hechicera melancolía por el dolor que allá lejos tuvo palideces de muerte y lágrimas de amargura y aflicción. Que su pueblo, oh, Señora del bien y del perdón, la corone y aclame para siempre Reina de misericordias y bondades infinitas. Y yo, el representante por ahora de una democracia civilizada, libertadora y humana, beso las manos a quien es hoy orgullo y gala de su Patria y símbolo inolvidable de una sincera y amplia fraternidad nacional.

**A. Baquerizo Moreno.**

Quito, Marzo 15 de 1932.

*Encarece la entrega  
de los restos de Montalvo  
a la ciudad de Ambato*

Telegrama al Consejo Provincial y al Concejo Cantonal

Marzo 15 de 1932.—Señores Presidente del Consejo Provincial y Concejo Cantonal:

En 1927 contesté a un distinguido ambateño, hoy presidente del Comité Montalvo lo que sigue: "Mi opinión personal, privada, es la de que no hay motivo alguno para esa oposición que se les viene insinuando; al contrario, creo yo que Guayaquil debe confirmar ese su primer movimiento, la noble acción con que recogió **piadosamente**, (las palabras son de Ud.) los restos del Cosmopolita con la más amplia y franca generosidad, entregándolos a su pueblo y a su tierra que los pide y los desca para que haga de ella almohada y lecho de su dormir glorioso e inmortal.

"Si hubo amor y veneración para recibir y amparar, háyalos también para condescender y restituir. No cobremos ahora con egoísmo de una retención, explicable

desde luego por el homenaje de admiración, lo que en su tiempo fue obra patriótica, piadosa y desinteresada".

Hoy como Encargado del Poder Ejecutivo y a nombre del Gobierno que me honro en presidir, reitero ese pensar de entonces y pido a Uds. encarecidamente se sirvan obtener la reconsideración de los respectivos acuerdos o resoluciones accediendo con ello al justo clamor de Ambato, y su provincia toda, que anhelan fervorosas y reconocidas al amor guayaquileño por el gran Cosmopolita, tener en su seno al que es hijo suyo y orgullo y timbre del solar ecuatoriano.

Que un gesto amplio, generoso y decisivo una por siempre las almas gemelas de esos dos pueblos que dieron a Carbo y Montalvo para nobleza y verbo de la más amplia y generosa libertad ecuatoriana. La magnanimidad es la mejor de las políticas en los hombres y los pueblos. Espero confiadamente que responderéis a ella, con lo cual el centenario de Montalvo será una página más de unión y fraternidad entre dos pueblos hermanos.

La Patria lo espera y lo aplaudirá de pie para honra vuestra y gloria de vuestro mismo nombre.

Atentamente,

**A. Baquerizo Moreno.**

Telegrama al Ministro  
 Avilés Aguirre  
 i al Jefe de la 1.<sup>a</sup>  
 Zona Militar

Si no hubo necesidad del avión para Punta de Piedra, me parece casi de ningún valor para Puná. Hay en Puná más fácil desembarco. Lo que no era posible antes, es fácil ahora: salir a Puná, con embarcaciones armadas. La persecución de ayer con la motonave, no podía dar resultados; iba sin cañones y sin tropas de desembarque. Creo firmemente que con 60 u 80 hombres desembarcados en la isla, fugan nuevamente hacia el Golfo. Pero hay que evitar esa fuga, sin peligro, con naves armadas que maniobren de manera de atacar, ante todo al "Tarqui". Hay, entiendo, una salida por atrás de Mondragón o algún otro canal que lleva frente a Balao, muy distante de Puná. Esto sería maniobrar por retaguardia o flanco para impedir el escape del "Tarqui". Toda la actividad que hubo ayer y en días pasados, debe emplearse ahora. Audacia, audacia, audacia. No se necesita de mucho ahora. El "Cotopaxi", es casco viejo con caño-

nes . Si hay otros cascos viejos o nuevos, con cañones igualmente, el resultado está a la vista. El objetivo si se maniobra por agua debe ser el "Tarqui", el remolcador. Tomando el pueblo con tropas de tierra solamente, fugarán hacia afuera y seguirán molestando. Estimo que puede venirse y que el señor Jefe de Zona y el Director de la Armada deben tomar a su cargo este asunto, que me parece hoy insignificante comparado con lo de Punta de Piedra. Si es menester que alguien vaya, iré yo.—

**A. Baquerizo Moreno.**

## Felicitación al Comando de la 1.ª Zona

Abril 12 de 1932.—De Gabinete.—Conferencia.—

Coronel Astudillo:

En mi nombre y en el del Gobierno mis mas cumplidas felicitaciones por su comportamiento tan heróico como decisivo; ya le habia anunciado, en mi telegrama de anteayer que no podiamos menos que esperar tan feliz resultado de su actividad y acierto; por eso me decidí a impartir órdenes que Ud. ha llevado a cabo con tan espléndido triunfo.—Ud. se servirá felicitar también en nombre del gobierno y en el mío a las tropas de su mando tan valerosas como leales. Ojalá haya cerrado usted con esta acción la éra de estos levantamientos inexplicables.

**A. Baquerizo Moreno.**

# En el Centenario de Montalvo

Quito, a 13 de Abril de 1932.

Sr. Presidente del Ilustre Concejo Municipal.

Ambato:

Y le tenéis allí. Tras larga ausencia de proscripción y muerte vuelve a vosotros, y vuelve cual se fué, en esa su noble integridad corporal. Falta en él el arrogante, el indomable espíritu que hizo de su vida vida sin paralelo, vida inimitable, vida que tuvo por despedida la conciencia tranquila de su presentida inmortalidad; vida en fin de aquella consagrada a decirnos la proximidad del mañana para una mejor y más sana humanidad. Falta en él ese espíritu; pero le trae hacia vosotros el rayar de la mañana de ese día, y lo que es más aún, el amor, la veneración de todo un pueblo, de toda una nación que le toma en brazos, que le levanta y muestra y le aclama al fin vencedor del odio y el furor de los tiranos. Estos pasan, se hunden. Son los hombres de un día, de un día abominable; los de memoria precedera. La posteridad saluda y magnífica solamente e inclina la frente ante aquellos que como Montalvo han vivido y vivirán para la conquista definitiva de una consciente libertad civil. Esa de Montalvo, la apoteosis, la glorificación de un hombre. Campos hermosos del risueño Ambato, abridle vuestro seno, y brote nuevamente en él la simiente sembrada con el verbo generoso del gran cosmopolita. Vientos del

Tungurahua entonad y entonad para siempre, vuestro himno inmortal como arrullo de glorias al que fué y sigue siendo todavía. Vivo, fueron pocos muy pocos, los que le entendieron y comprendieron.

Muerto, todos, todos, le oímos ya. Hoy su palabra es oro, oro que pesa y vale contra toda esclavitud de voluntad o pensamiento. Hoy renace y vive más poderoso que en tiempo alguno. Hoy admiramos cuanto significa y enseña su firmeza incommovible. Su conciencia alta y gallarda para el bien. Alta y gallarda como el monte que dió nombre y fama a su cuna ayer, y que los da a esa su tumba ahora. Y al fin descansa el mártir. Aprendamos aprendamos de él el amor a la belleza, a la libertad y al de una justicia que alumbre siempre y por igual a los hombres y a los pueblos. Salve ciudad de Ambato. Salve Ecuador, tu nombre tiene para retumbos de siglos con la estrofa de Olmedo y el verbo inimitable de Montalvo.

**A. Baquerizo Moreno.**

*Publicación en*  
*El Telégrafo*  
*para el mismo Centenario*

Montalvo pasó, pero su obra continúa intacta, más que intacta, creciendo y desarrollándose. Gozamos de su luz, por el contacto mágico de su propio espíritu, aún en las sombras de la noche de su muerte. Esa obra, como un árbol plantado de su mano, florece todavía. -Penetraron hondamente las raíces; las ramas se extienden en verde y vistosa pompa, dando abrigo y protección cada vez más amplios y seguros; y cabe decirse, que desaparecido el peligro de los odios tempestuosos y acariciado al fin de solo brisas de simpatía y admiración, llega el árbol a tocar ya con su copa magestuosa y sublime el puro azul del alto firmamento.

Dejó de existir; y entonces Guayaquil, al igual de la dulce y bella Antígona, dijo a los que se oponían, a su venida, a los que prohibían su descanso en el hogar ecuatoriano; yo misma le abriré fosa, yo misma le sepultaré, yo sola correré el riesgo de esta acción de amor y de piedad.

Y, ahora, no hay voz que no lo aclame, mano que

no lo aplauda, corazón que no palpita, encendido y admirado, viéndolo y sintiéndolo más poderoso que antes, y en la pompa sublime de esta marcha triunfal, desde el Guayas que lo arrulló en su sueño, hasta el pic del monte que le cantó en su cuna.

Pero no habrá mano ni voz que puedan añadir justicia o alabanza alguna a tan merecido renombre. Ni mármoles ni bronce aumentarán o asegurarán la gloria de Montalvo. Subsistirá, se engrandecerá y no se extinguirá mientras haya tierra ecuatoriana, tierra que le modeló para la inmortalidad, tierra que jamás perecerá.

**A. Baquerizo Moreno.**

## Una excusa

Quito, Abril 14 de 1932.

Distinguidas señoras del Comité "18 de Abril"

Ambato.

Agradecido a vuestra gentileza, siento en verdad no haber podido concurrir al homenaje que el Ecuador entero rinde hoy a uno de sus más preclaros hijos; a Montalvo. Montalvo significa excelcitud en las letras, majestad en el pensamiento, pureza en la doctrina y sacrificio, sacrificio diario de su vida, en aras de un ideal de libertad y de progreso verdaderamente humano. Si queremos mantener y engrandecer ese ideal, leamos a Montalvo, sintamos con Montalvo, y bendigamos luego su memoria, memoria que nos hará mejores y felices por la práctica del bien. Montalvo fue el grande, Montalvo fue el bueno, Montalvo fue el puro. Seanos como el maestro; y que cien años más tarde, aliente aún una generación que como la nuestra tribute su elogio y cante su alabanza al que en la corriente de un siglo más, será todavía señor y guía de toda alma republicana, de toda alma verdaderamente libre, en la libre y gloriosa patria Ecuatoriana. Recibid señoras en estas breves frases la excusa por mi ausencia y el tributo de mi admiración por el inolvidable cosmopolita.

A. Baquerizo Morcero.

## Washington

La Unión Panamericana al tomar parte activa y principal en la conmemoración del segundo Centenario del Nacimiento de Washington hace obra digna de todo aplauso y estimuladora de una verdadera solidaridad continental. Ese noble carácter, espíritu tan sereno, energía tan varonil y corazón de tan suave ritmo de simpatía y amor y humanidad, forman un magnífico modelo de hombre para la natural admiración de América y del Mundo.

Quiera nuestra buena suerte que el Primero en tantos y tan grandes cosas, como son la guerra, la paz y el corazón de sus conciudadanos, pueda unir sincera y lealmente a los pueblos de América, con unión perpetua de paz, prosperidad y engrandecimiento.

14 de Abril de 1932.

## Aconsejando...

Quito, 22 de Mayo de 1932

Sra. Dña.

Lucrecia de Salguero

Ciudad:

Comprendo su dolor y la acompaño en él. Me explico la vehemencia y la exaltación de usted, y le aconsejo, serenamente, lo que a mí mismo me aconsejo: calma, calma y, si es posible, resignación. Resignación y, cuando más, justicia. Nunca el encono, menos la venganza que invoca usted. La venganza es odiosa de suyo y no cabe en el corazón de una madre con ternuras y cariños como el de usted.

En las declaraciones publicadas acerca de ese tan inesperado acontecimiento, veo que me sucede a mí lo propio que al hijo de usted, señora. Un soldado de caballería, al pasar y sin motivo o provocación alguna,—dice—, lo hirió con la punta de su sable; lo hirió de muerte,—exclama Ud.—Pues bien, no uno, ni dos, ni tres caballeros, también sin motivo ni provocación, sino de la manera más inesperada, clavaron el acero de sus plumas, no en mi carne ciertamente, sino en algo más sensible que ella: en mi nombre, en mi honor de magistrado y caballero. Y sobrevivo señora, como sobrevive felizmente el hijo de usted.

Mas, en mí ocurre esto, no por gracia de lo alto

sino por gracia y merced de lo que soy y fui: siempre el mismo en la historia o fuera de ella. Yo no he pedido justicia, señora, he dejado el cargo de conciencia a los que pecaron contra mí. Y usted la pide, señora, para el castigo de dos funcionarios completamente extraños a la desgracia de su hijo.

Fue un soldado el que pasó e hirió, ante lo grave y duro del conflicto. Caso deplorable; pero, sí me hiere a mí más de un caballero representante de la cultura ecuatoriana con el agudo acero de su pluma: ¿qué mucho que un soldado, en un impulso y en esa como ceguera de la carga hiriese al hijo de usted con el agudo acero de su sable? El hijo de usted vive; vivo yo también; consolémonos pues, señora, mutuamente por el dolor pasado. Morir materialmente es morir como todos morimos por igual: hoy, mañana, cualquier día. El tiempo en que esto se realice nada vale, nada importa. Corto o largo, da lo mismo cuando la muerte llega a sorprendernos en la alcoba o en la calle. Mas, el morir de un nombre, el morir de una honra, el querer matarlos o matarlos adrede buscando, por acaso, ese nombre esa honra que se hieren o se matan, ah!, para esto, señora, ni usted ni Consejo alguno han pedido ni pedirán seguramente, sanción alguna.

La sanción pídala usted señora, también en desagravio mío. Pedro negó al Cristo: a qué quejarme de que otros que no son Pedros ni tuvieron su fe me hayan negado igualmente en la hora del dolor y de la prueba? La Justicia que usted pide llegará sin duda; la que se me debe a mí: a qué pedirla? a quién? Mi justicia soy yo.

He contestado a usted; ojalá me sea dado enjugar lo amargo de sus lágrimas, y que enjugadas, su amor y su cariño renovados modelen dulcemente para el bien y la verdad el espíritu de un hijo, encanto y suave encanto de su sensible corazón de madre.

**A. Baquerizo Moreno.**

## En la Cima de la Libertad

Estamos en esa Cima, la Cima de la Libertad. La Cima es la misma; pero la Libertad muy otra. La Libertad aquella es un Recuerdo de Emancipación, y una memoria ya, de la fe civil, de la fé política, que entonces se tenían.

La Emancipación era una autonomía, una nacionalidad. Lo nacional tiende a lo universal. La Libertad de esta Cima era la de los derechos del hombre, y estos derechos van apagándose también, o mejor, van transformándose en el derecho de todos, sobre el derecho de cada uno de nosotros.

Entre las indecisas luces de mi ocaso alcanzo a divisar el despertar de una alba, de un Oriente. ¿Qué trae o qué anuncia por acaso? ¡Quién lo sabe o lo advina! Más toda aurora es un ósculo de vida, de amor, de renovación. Incita al trabajo y a la fe, a la fe del día a que precede.

Yo saludo esa alba, esa aurora, desde esta Cima heroica de aquella Libertad.

Puede que otros hombres y otras gentes, Milicias de otros tiempos, de tiempos que serán, en la Cima aún ignota, en la Cima no escalada y menos consagrada, como lo está ésta que pisamos, descorran nuevos velos, los velos de dos mundos que en uno se fundieron: Humanidad, Justicia.

Banderas de mi Patria, saludad desde ahora lo que a poco más será; pero antes, saludad al tricolor de Es-

pañã, al tricolor que esta Cima no vió; al tricolor enseña de la nueva España; de una España que ha salido o va saliendo de la **libertad antigua** a una nueva vida y florecer más bello.

¡Oh Himno de la Patria! que tus acordes sean dulce canción del alma ecuatoriana, que en este sitio y a esta hora arrullan sin palabras el sueño de los que aquí murieron por la antigua España, junto a los nuestros, que morían entonces por esa libertad que era alma y vida de los tiempos con Bolívar por Genio, con Sucre por Espada, y uno y otro con la admirable conciencia de todo un Continente.

¡Oh Música del Himno! Canta, canta tu arrullo a los que aquí murieron por su Patria o por su Rey. El Rey fue, pero las Patrias quedan, para ser nobles, para ser justas, para ser libres.

Quito, 12 de Junio de 1932.

*Al descubrir el retrato  
de Washington en la  
sesión solemne  
de la Bolivariana  
del Ecuador*

Señoras y Señores:

No solo con agrado, sino con muy sincera e íntima veneración, voy a cumplir el honroso encargo de la Sociedad Bolivariana, al recorrer la bandera que cubre aquí el retrato de Jorge Washington, el inmortal amado de su pueblo.

Washington es el fundador de una nueva grandeza, de la grandeza, que nos le hace admirar; de una grandeza desconocida hasta entonces, desconocida hasta él, de la grandeza que tiene por base su admirable y envidiable sencillez republicana y democrática.

Su vida y su carácter fueron y serán en todo tiempo modelos de esa grandeza que digo, y aunque conocidos ya, os renovará la memoria de ellos, dentro de breves instantes, la palabra serena y elocuente del señor Ministro de Educación Pública, doctor Cabeza de Vaca.

Señoras y Señores, descorro la bandera, Contemplad, una vez más, la imagen luminosa de aquel a quien la guerra hizo grande; y lo que no es común, lo que es raro, hizo la paz más grande todavía.

Quito, Julio 4 de 1932.

*Elogio de don  
Juan León Mera,  
pronunciado en A. Ambato*

Señoras y Señores:

Ya que me ha tocado la honra de presidir esta sesión que celebran el I. Concejo y el Comité Mera en el centenario del nacimiento de tan ilustre hijo de Ambato, me permitiréis agregar unas palabras más, aunque resulten ya débiles y descoloridas, a las muchas y muy elocuentes que habéis oído con motivo de esta conmemoración centenaria.

Mera fué a mi juicio uno de los más nobles espíritus de fe cristiana, de fe católica; y, sobre esta fe, de una fe política conservadora, admirable de lealtad y de franqueza.

Le veía en mi juventud. Nunca le hablé ni conocí su voz; pero, cuando uno le miraba advertía al punto que ese hombre era un hombre que pensaba, que pensaba siempre.

Su aspecto melancólico de soledad y recogimiento, de meditación continua; lo lento y acompasado de su andar; lo profundo y negro de la cuenca de sus ojos, y en ellos la mirada profunda que se hundía lejos, muy lejos,

de la realidad ambiente; ese mirar impregnado de la vaguedad constante de una visión de ensueño, todo, todo en Mera, por suyo y por original, parecía decirnos que en el hombre había algo más, mucho más, muchísimo más, que en el canto de sus versos o en el ritmo melodioso de su prosa.

*(Muchos aplausos)*

El hombre muere, pero vivirá, he leído por ahí. Hoy, no el que muere ciertamente sino el que vive y vivirá, el inmortal, es el que llega a despertar nuestro recuerdo, nuestro aplauso y el tributo de admiración de su pueblo, su provincia y la Nación, pues el Himno que compuso, el Himno de la Patria, es el Himno revelador de un espíritu ampliamente, eminentemente, republicano y democrático.

Nadie, nadie le olvidará. Nadie podrá olvidarle, en tanto el Himno con su música y su letra, vibre en los labios y en los corazones de sucesivas e innumerables generaciones, en siglos y siglos por venir.

*(Una voz interrumpe en el auditorio:  
¡Salve oh Patria!)*

Sí, señores, ¡Salve, oh Patria!, ¡mil veces, oh Patria! Así cantó el poeta y así cantamos todavía. Así cantamos en el gozo o en la pena o el peligro; así cantamos en nuestras funestas lides de sangre y muerte, así cantamos en las lides fecundas, aunque a veces dolorosas de la paz.

Mera nos dá y entona la canción, nosotros la repetimos. El corazón del poeta se hizo verbo, se hizo verso, se hizo Himno, y el corazón del pueblo ecuatoriano palpó al unísono con él.

¡Salve, oh Patria, mil veces, oh Patria!

*(Nutridos, aplausos)*

Señoras y señores: Yo me represento al bardo, al creyente y al patriota cual una blanca columna que se destaca en las lejanías claras u oscuras del espacio. Alrededor o al fondo, grímpolas rojas, negras o azules, flotan al viento con violencias repentinas de huracán; pero la columna, la blanca columna, con el encanto estético de su pulimento, su silencio y majestad, se alza inmóvil y

serena, como un símbolo callado, como un símbolo persuasivo de fe tranquila y de conciencia pura.

*(Muchos aplausos)*

Y en este día en que nació un hombre, y nacieron con él una fe y el esplendor de una gloria espiritual, despéjense, despéjense por entero los cielos de la patria; levanten sobre nuestras cabezas la maravilla de su bóveda de azul, y bajo ese dombo de belleza inspiradora, entonemos, rendidos y sumisos, cual un himno sagrado de esperanzas, el Himno de la Patria; y entonémosle también en honor de quién lo dijo o lo cantó primero, en honor de quién lo sintió en el fervor rebelde de su alma, en honor de Mera, de ese Mera tan íntegro en su vida, de ese Mera tan íntegro en la Historia.

*(Salva prolongada de aplausos y cuando el orador se levanta para agradecer, una verdadera y larga ovación)*

De "El Comercio."

## En la Cripta de Sucre

¡Una nueva glorificación! La apoteosis no acaba todavía, ni podía acabar para aquel cuya vida entera fue una armonía, un himno inspirado, un himno de amor y sumisión a la trinidad augusta del propio honor, del deber y de la Patria; de la Patria gloriosa en que nació, de la Patria que hubo de libertar, y de esa otra Patria que fundó allá en el sur; la que vive y vivirá en la América y en la Historia con la aurora inmarcesible, con la aurora refulgente del soberano nombre de Bolívar.

Este en que ahora estamos, es el verdadero templo, el templo debido a la víctima prematura del odio y el furor de sus hermanos. ¿Dónde, dónde para el mártir descanso más tranquilo y noble, reposo más digno de su inmortalidad, que en el silencio y la sombra, en el recogimiento y la santidad de la Catedral augusta bajo cuyos arcos resonaron ayer sin duda los acordes triunfales del Te Deum de la Victoria?

Cayó el mártir, y cayó en una de las horas más tristes y negras de la historia continental, en la hora perturbadora y tenebrosa de las maquinaciones satánicas; pero cayó para levantarse en el horizonte de la dulce patria ecuatoriana como una clara estrella luminosa que está alumbrando, iluminando siempre los caminos de lo que fue su vida toda: de la vida del héroe, de la vida del mártir, el tríptico divino, honor, deber y Patria.

Busquemos, busquemos en todo momento lo que hay de bello y grande en estos que llamaré milagros de la naturaleza, en estos hombres que son su obra más difícil y perfecta; busquemos su enseñanza con emoción íntima, espiritual, por ser en lo posible, al igual de ellos, ejemplos vivos de saber, de virtudes y civismo.

Y si esta fábrica suntuosa se hunde o se desploma, si estos lienzos admirables se borran o despintan, si la columna cae, y de esta vieja Catedral quedara solo la soberbia imponente de su ruina; todavía, mientras haya labios que bendigan y corazones que palpiten a la sombra majestuosa del Pichincha, el patriotismo y la libertad que de tu mente y de tu brazo nos vinieron, serán inspiración y amor que a tí nos unan, que nos hagan tuyos, más tuyos, cada vez más tuyos; que nos hagan vivir, magnánimo Libertador, excelso Sucre, con tu nombre y tu memoria, con tu nombre y tu memoria vencedores del tiempo y de los siglos.

Agosto, 1932.

# Discurso de Agradecimiento

Señor Gobernador de la Provincia, señor Rector de la Universidad, señoras y señores:

Un deber, el ineludible deber del agradecimiento al señor Rector y al Consejo Universitario por la manifestación que nos dedican y con que nos honran espontánea y generosamente, me trae de nuevo a este augusto recinto tan lleno para mí de recuerdos, de recuerdos siempre vivos, grandemente amables unos, de satisfacción y recompensa otros, como lo acreditan y comprueban tras largos años de ausencia, no pocos de los que discípulos ayer, son hoy ornamento y brillo de la institución ypreciado, muypreciado galardón de nuestras labores, afanes y enseñanzas.

Somos los sobrevivientes; los sobrevivientes del 97; y al verme y contarme en compañía de tan reducido número de antiguos profesores y colegas, alza el vuelo la imaginación, y recoge en sus alas la memoria, el conocido y célebre hexámetro de Virgilio: *Adparent rari nantes in gurgite vasto.*

Cuatro, apenas cuatro, los que de lejos venimos; o mejor, los que sobrenadamos aún en la dilatada extensión del temeroso piélago del tiempo, de esos 35 años implacables que arrebataron de entre nosotros y sepultaron

entre espumas y azotes de su revuelto y sacudido oleaje, tanto y tanto ingenio esclarecido, tanto y tanto maestro de reputación imperecedera, tanto amigo querido, tanto compañero inolvidable de los primeros y alegres días del nacimiento de esta Universidad, de esta docta Corporación cuya cuna mecimos para que fuera luego en la asombrosa realidad que estamos viendo, orgullo, honor y gloria de la ciudad guayaquileña.

Y ¿puede haber acaso nada más interesante que el espectáculo de esta fiesta en que todo, todo es nuevo, menos nosotros, señores, menos los cuatro que llegamos ahora de entre las vicisitudes de lo que fue, como una visión, como una resurrección del pasado ante el presente enaltecido con el profesorado que nos está honrando, y un futuro colmado de idealismos y esperanzas representado en esa florida juventud universitaria que ve sin duda sorprendida y admirada avanzar hasta ella estos cuatro sobrevivientes del borrascoso mar de la vida?

Nosotros el recuerdo, vosotros la promesa; nosotros la tradición, vosotros su renovación; nosotros los que luchamos ayer largamente por vosotros; vosotros ¡oh jóvenes!, los que lucháis y lucharéis por el mañana, por los que luego, luego, entusiastas y ufanos se adelantarán también a reemplazaros. Y en ese ir y venir, la institución, la Universidad únicamente, la que se mantiene en pie y se levanta erguida con erguimiento de inmortalidad.

Lo demás, todo lo demás, pasa o cambia o muda en ella profesores y alumnos, métodos y disciplinas, y hasta el alma misma que es su vida y la ennoblece, hace su aliado del tiempo; y cada generación que acude a ella, halla en ella la transformación del portentoso alimento reparador que nutre y alimenta y vigoriza a cuantos son sus hijos, para el triunfo constante de la idea que nace y que prospera y florece, sobre la idea que desfallece o que agoniza y muere, para que esa muerte sea a su vez la nueva germinación, el nuevo brote, y al cabo, al cabo, la maravillosa cosecha de luz y de esplendor en el hombre, en la sociedad y en la humanidad lentamente regenerada y redimida.

Jóvenes que me escucháis ahora. Sea, sea el pasado sagrado para vosotros, como lo fue también para nosotros. No amenguar, no desdeñar el saber y la tradición de los que precedieron, de los que nos precedieron, de los que fueron antes. Ellos, ellos solamente con su heroísmo en ocasiones, y en ocasiones con su saber y su enseñanza, nos abrieron el campo de una nueva ciencia y una nueva libertad. No desmayéis, no os descorazonéis. Muchos os hablarán con desencanto, con hondo pesimismo acaso y dudando amargamente de lo que será el mañana. No les créais. Tened fé en vosotros, fé en vuestros amigos y compuñeros para ayudaros mutuamente en la hora del peligro, o para aplaudiros sin recelos, ni envidias desoladoras, en la hora fausta, en la hora afortunada del sueño o el ensueño realizados, hechos verdad al fin.

He vivido no poco. He recogido experiencia y con ella os digo lo que he visto siempre, esto es, que crecemos, que mejoramos, que adelantamos; pero os diré también lo que oí siempre lo contrario, pues oí que decaíamos, que degenerábamos, que nos perdíamos y hundíamos, sin hombres, sin riquezas, sin ideas. Esta misma Universidad llegó a fundarse en época quizá nada propicia, cuando la lucha en los campos de batalla y la lucha en los campos de la idea, eran sangrientas, formidables. La ciudad en cenizas. Todo convulso, incierto y vacilante. La tradición se desquiciaba; el orden padecía de tremendas y tenaces embestidas; la furia batalladora del fusil y de la imprenta dejaba oír en todas partes la resonancia estrepitosa de su plomo; crímenes y extorsiones y venganzas con el rudo acicate del momento; resistencia y sangre; sangre y victorias dolorosas, cada cual luchando por su ideal, por su fe, o su sentir; y, sin embargo, serenáronse los tiempos, y aunque no sin fatigas y dudas y tropiezos, aunque no sin caídas y tristezas, hemos aquí hoy concurriendo a esta fiesta de paz y de saber, celebrando una fecha en que el recuerdo y la alabanza se unen y confunden para el aplauso agradecido de los presentes y venideros, de los que son y serán.

Y ¿por qué no decirlo? Reunidos estamos, congregados estamos cuando el cielo se encapota nuevamente, cuando hay nubes y vientos con oscuridades y soplos de tormenta no sólo para nosotros, para América y el mundo; cuando lo secular cae, lo antiguo se derrumba desde el altar al trono, cuando el hambre tiene huestes en batalla, cuando el trabajo reclama trabajo ardientemente y el capital se siente extrangulado, cuando el pavor se extiende y vuela del uno al otro Continente y el radio y su llamada fatídica de "salvad nuestras almas" va de polo a polo, y el silencio, el clamor y la amarga y penosa incertidumbre son la respuesta de un mundo al parecer que vuelve al caos.

A vosotros los profesores y los alumnos de hoy toca la magnífica tarea de afrontar el peligro que se acerca amenaza y ruge ya; a vosotros el salvar sobre vuestros hombros, el orden, la disciplina y el saber que el tiempo demanda y hasta impone y modela; y si hay mucho en verdad por reformar, y algo o mucho por deshacer, que no perezca, que no perezca en vuestras manos lo que existe de noble y valioso en la herencia de nuestros padres, en la herencia civilizadora de una vasta sucesión de siglos. La Juventud renueve lo estéril, lo envejecido; mas renuévelo sin desdenes ni prejuicios talvez irremediables. La acción útil y benéfica, la de una atinada renoyación para el bienestar común, abra la senda que os conduzca victoriosos al aplauso de esta vuestra propia generación y al de las que vendrán después a ser como vosotros forjadoras del tiempo y de la idea.

Meditad, reflexionad, que vosotros también en no muy lejana fecha surcaréis esas aguas de amargura que os esperan al salir de esta mansión, noble mansión de paz y de saber, y que echaréis entonces una larga mirada de tristeza, como lo hacemos nosotros, a la que fue maestra de vuestras brillantes almas juveniles. Que jamás, que jamás la volváis hacia acá con pena o con dolor y menos con el arrepentimiento del tiempo que perdistéis en no enriquecer el espíritu con el estudio y la dedicación que el mañana exigirá duramente de vosotros. Que ese es-

tudio sea en vosotros fuente perenne de gozo y de abundancia, fuente que aumente a medida que bebáis de sus aguas dulcemente provechosas. Que vuestro afán y vuestro empeño de saber cambien y hermosteen la faz de la república, y que os sean verdad fértil abundante y positiva vuestros sueños y ensueños de estudiantes. Y pensad, para confortaros y elevaros, en esta patria nuestra, tierra del honor, de la libertad, de la cultura, de la fecunda y fervorosa vida ecuatoriana.

En tanto ; Oh Alma Mater! Oh madre nuestra, Madre espiritual, nos llegamos a tí, hasta tu altar venimos por mantener y acrecentar tu culto y recoger tus dones de justicia, de belleza y de bondad. Oh Tú, Virgen como Minerva, Madre como María; Tú sola joven, eternamente joven; Tú sola Pura; Tú sola Santa e inmutable; Tú Pacífica, Tú Saludable, la de la Paz a todas horas, en todo momento y todo instante; Tú, la que nos dices que hay un pueblo, que hay muchos pueblos por instruir, por educar, para que brote de ellos la sabiduría que apague y calme toda sed; Tú que eres Amor y eres Conciencia; que eres llama inextinguible de verdad, enciende desde ahora en nuestras almas el deseo y la caricia de tu luz: realiza el milagro, mueve, mueve nuestros corazones anhelantes de abrasarte en esa llama, anhelantes de vivir eternamente en la verdad que eres y fuiste, y serás siempre Tú. Recógenos, ampáranos en tu seno ; Oh Alma Mater! Haz que tu saber y tu justicia nos salven! ; Oh Salvadora de pueblos y naciones! ; Universitas! de tí vendrá sin cruz y sin inri de ignominia la redención espiritual del mundo.

Te alzarás, te levatarás acaso entre las ruinas de prodigiosos tiempos que pasaron. Mas te alzarás, te levantarás magnífica y gloriosa siempre, Madre Admirable, en la sucesión inagotable, de siglos infinitos.

Señor Rector y señores del Consejo Universitario:

Repito a usted mi cordial agradecimiento, agradecimiento que extendiendo al distinguido profesor señor doctor Moral por la bondad de entregarnos el diploma concedido con palabras y frases tan amables y expresivas.

La vida es un sorprendente tejido de compensaciones. En ella no todo es alegría, todo esplendor, todo alabanza; ni todo tristeza, dolor o desengaño. El recuerdo de este día, de este 1º de diciembre de 1932, será uno de los que compense no pocas amarguras de otros y otros; uno de los mejores y afortunados; uno, señores, de los más nobles y honrosos para mí.